

# CRISTIANDAD

Año XLI  
NUMEROS 651-653  
BARCELONA  
JUNIO-JULIO-AGOSTO  
1985

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESUS Y MARIA

## EL APOSTOLADO DE LA ORACION TESORO DEL CORAZON DEL PAPA Y DEL CORAZON DE CRISTO

Discurso de Juan Pablo II al Congreso mundial  
de secretarios nacionales del Apostolado de la Oración

*El V Congreso mundial de secretarios nacionales del Apostolado de la Oración se celebró en Roma del 8 al 14 de abril. Asistieron setenta representantes de 44 países de los cinco continentes, en nombre de 1.500 directores diocesanos. El programa de los debates y estudios estaba orientado a potenciar esta Asociación y hacerla más eficaz en la pastoral de la Iglesia. El 13 de abril los congresistas acudieron al Vaticano para una audiencia con el Santo Padre, presididos por el prepósito de la Compañía de Jesús, P. Peter-Hans Kolvenbach. Publicamos seguidamente el discurso que les dirigió en italiano Juan Pablo II.*

Muy amados hermanos en Cristo:

**En la línea del Concilio**

1. El congreso mundial de los secretarios nacionales del Apostolado de la Oración me ofrece la grata ocasión de saludar a ustedes que han venido a Roma de los cinco continentes y, en particular, al reverendísimo padre Peter-Hans Kolvenbach, prepósito general de la Compañía de Jesús y director general del Apostolado de la Oración, a quien agradezco muy sinceramente esta iniciativa.

Se proponen ustedes en este congreso estudiar la manera de actuar de esta Obra que desde hace más de un siglo ha prestado grandes servicios a la pastoral de la Iglesia como instrumento muy adecuado y eficaz.

El Apostolado de la Oración —que conozco y aprecio desde hace muchos años— quiere resaltar el **valor apostólico de la oración** en la Iglesia; se basa en la exhortación de San Pablo que recomendaba orar por todos los hombres, pues es «bueno y grato ante Dios nuestro Salvador» (1 Tim 2, 3), y también en la eficacia de la oración hecha en el nombre de Jesús (Jn 16, 23 ss.), en común (Mt 18, 19 ss.) y con María Santísima (Act 1, 14). Al inculcar la espiritualidad del «ofrecimiento» en unión con la oblación de Cristo en la Santa Misa, el Apostolado de la Oración está en la línea de la enseñanza conciliar que presentó el Sacrificio eucarístico como fuente, centro y cima de toda la vida cristiana (cf. **Lumen gentium**, 11; **Presbyterorum ordinis**, 5; **Ad gentes**, 9), y sitúa en su valor propio la «Oración de los fieles» que la Iglesia ha restablecido en la celebración eucarística y en la Liturgia de las Horas (cf. **Sacrosanctum Concilium**, 53).



### SUMARIO

**EL APOSTOLADO DE LA ORACION**

Discurso de Juan Pablo II

**DOCTRINA DE LA IGLESIA SOBRE EL SAGRADO CORAZON**

León XIII, Pío XI, Pío XII

**EL APOSTOLADO DE LA ORACION, UNA ESPIRITUALIDAD PARA TODOS**

Luis Comas Zavala

**LO ESENCIAL EN EL APOSTOLADO DE LA ORACION**

Casimiro Puig, S.I.

**EL APOSTOLADO DE JESUS, MARIA Y JOSE**

Enrique Ramière, S.I.

**SENTIDO MONTFORTIANO DE LA ESPIRITUALIDAD MARIANA DEL A. DE LA O.**

José Caballero, S.I.

**¿SANTA TERESITA DEL NIÑO JESUS DOCTOR DE LA IGLESIA Y PATRONA DEL APOSTOLADO DE LA ORACION?**

Roberto Cayuela, S.I.

**EL ENCARGO SUAVISIMO DEL SAGRADO CORAZON A LA COMPAÑIA DE JESUS**

Juan Manuel Igartua, S.J.

ADMINISTRACION:

Lauria, 19, 2.º, 1.ª - (10)

Teléfono 317 47 33

Director: Fernando Serrano Misas

### Enseñanzas y exhortaciones de los Papas

#### Fidelidad del A. de la O. a las orientaciones pontificias

2. El Apostolado de la Oración se ha distinguido siempre por su voluntad de propagar la devoción y espiritualidad del **Corazón del Redentor**. En ello ha seguido las enseñanzas y exhortaciones de mis venerados predecesores, como León XIII, que propuso la consagración del género humano al Sagrado Corazón en su Encíclica **Annum Sacrum** (25 de mayo de 1899), Pío XI, que inculcó la **consagración** al Corazón de Jesús y el deber de **reparar** en la Encíclica **Miserentissimus Redemptor** (8 de mayo de 1928), y Pío XII, que escribió la Encíclica **Haurietis aquas** (15 de mayo de 1956): «El Corazón de Cristo es el corazón de una Persona divina, es decir, del Verbo encarnado y que, por consiguiente, representa y casi pone ante los ojos todo el amor que El nos ha tenido y nos tiene aún. Y aquí está la razón de por qué el culto al Corazón Sacratísimo de Jesús se debe tener en tanta estima que se considere la profesión más completa de la religión cristiana (...). Siendo esto así, fácilmente se deduce que el culto al Sacratísimo Corazón de Jesús no es sustancialmente sino el mismo **culto al amor** con que Dios nos amó por medio de Jesucristo, al mismo tiempo que el ejercicio de nuestro amor a Dios y a los demás hombres» (n. 29; **AAS** 48, 1956, págs. 344 y s.).

#### Carácter central de la devoción al Corazón de Jesús según Paulo VI

Deseo recordar también a mi gran predecesor Pablo VI, que insistió sobre la centralidad de la devoción al Corazón de Jesús en la Carta Apostólica **Investigabiles divitias**: «Puesto que el Sacrosanto Concilio Ecuménico recomienda encarecidamente los ejercicios piadosos del pueblo cristiano (...), sobre todo cuando se cumplen por voluntad de la Sede Apostólica, esta forma de devoción parece se ha de inculcar sobre todas las demás. Porque... es un culto que consiste esencialmente en adorar y reparar debidamente a Cristo Señor y se basa sobre todo en el augusto misterio de la Eucaristía, y de ésta —como de las otras acciones litúrgicas— se sigue la santificación de los hombres y la glorificación de Dios en Cristo, hacia la que convergen como a su fin todas las actividades de la Iglesia» (**AAS** 57, 1965, págs. 300 y s.).

Sigan siendo, por tanto, evangelizadores del que es rico en misericordia, pues «la Iglesia parece profesar de manera particular la misericordia de Dios y venerarla dirigiéndose al Corazón de Cristo» (**Dives in misericordia**, 13).

### El misterio del Corazón de Cristo

#### Servicio prestado a la Iglesia por el Apostolado de la Oración

3. Quiero manifestarles mi aprecio sincero por el esfuerzo que la Compañía de Jesús ha realizado en todo el mundo para difundir y mantener vivo en todos los fieles el «espíritu de la redención», fuego sagrado que debe inflamar el corazón de los cristianos. Al Apostolado de la Oración se ha de atribuir en gran parte la vitalidad de este espíritu de ofrecimiento, de inmolación de la vida cristiana, la conciencia de estar colaborando en la obra de la redención y también la fuerza de la espiritualidad centrada en el Corazón de Jesús y la consagración de las familias, ciudades y naciones al Corazón de Cristo. Las varias ediciones de «El Mensajero del Corazón de Jesús», órgano del Apostolado de la Oración, han sido y son poderosos y valiosos instrumentos para la difusión en todas las lenguas de la espiritualidad de «consagración» y «reparación» que son esenciales para vivir auténticamente el misterio del Corazón de Cristo.

### Vivir el mensaje de amor misericordioso

Este congreso de los secretarios nacionales del Apostolado de la Oración tiene lugar en un momento significativo para la vida de la Iglesia a los veinte años del Concilio Ecuménico Vaticano II.

Desde los comienzos de mi servicio pontificio he invitado a los fieles a unirse totalmente a Cristo Redentor del hombre y del mundo (Enc. **Redemptor hominis**), y a saber vivir el mensaje de amor misericordioso de Dios respecto de la humanidad pecadora (Enc. **Dives in misericordia**); con este espíritu deseé que se celebrase el Año Santo extraordinario de la Redención, para presentar a Cristo crucificado como respuesta definitiva al misterio de nuestro dolor humano (Carta Apostólica **Salvifici doloris**) y obtener los frutos de la redención, colaborando en la obra de la redención misma.

### La vida eucarística, la consagración y la reparación por los pecados del mundo

### Nueva recomendación Pontificia a la Compañía de Jesús

4. El Apostolado de la Oración puede dar una aportación valiosa y concreta a la difusión en todos los niveles de la afirmación grande y consoladora de que cada cristiano puede estar unido íntimamente a Cristo Redentor por medio del ofrecimiento de su vida al Corazón de Cristo. No dudo de que la Compañía de Jesús seguirá poniendo sus capacidades, talentos, organización y obediencia al servicio de esta finalidad espiritual tan elevada. Confío hoy de nuevo esta tarea al celo del prepósito general y le recomiendo que, dentro de la fidelidad al espíritu de la Asociación, busque los caminos más eficaces según las exigencias del momento actual para extender entre todos los fieles esta conciencia de colaborar con Cristo Redentor a través del ofrecimiento de la propia vida unida al Corazón de Cristo y vivida con El como consagración total a su amor y en reparación de los pecados del mundo, por medio del Corazón Inmaculado de María Santísima, Corazón que «se encuentra espiritualmente en el Corazón del Hijo, abierto por la lanza del soldado», Corazón que ha sido abierto por el mismo amor hacia el hombre y el mundo, con el que Cristo ha amado al hombre y al mundo, ofreciéndose a sí mismo por ellos en la cruz, hasta aquella lanzada del soldado» (Homilía en Fátima, 13 de mayo de 1982; **L'Osservatore Romano**, Edición en Lengua Española, 23 de mayo de 1982, pág. 6).

### Atención a los jóvenes, y a los enfermos

El fomento y revitalización de este espíritu esencial debe constituir la razón de ser de toda la organización, estructura y actividad del Apostolado de la Oración en estos tiempos; se ha de prestar atención especial a los **niños y jóvenes** que forman el «Movimiento eucarístico juvenil», actual versión de la clásica «Cruzada eucarística»; y también a los **enfermos**, pues con su disponibilidad a unirse a la pasión de Cristo (cf. Carta Apostólica **Salvifici doloris**, 23-27) son elementos fundamentales y privilegiados de la Asociación.

Además, deben esforzarse por formar cristianos que estén plasmados interiormente por la **Eucaristía**, que da fuerza para empeñarse con generosidad en abrazar todas las dimensiones de la vida con espíritu de sacrificio respecto de los hermanos, como el Cuerpo de Cristo ofrecido y la Sangre derramada (cf. **Lc 22, 19 ss.**).

### Tesón renovado en la práctica de los primeros viernes de mes

### Sintonizar con el Romano Pontífice

Con esta óptica, sigan recomendando con tesón creciente y renovado y extendiendo la práctica piadosa de los «Primeros Viernes», pues

## Unión con el Vicario de Cristo

## La oración del A. de la O., ejercicio de la función sacerdotal, profética y real de Cristo

## Tarea de formación continua

## Oración en familia

## Como un aire puro y sano

## Pongo en sus manos este tesoro

## Invocación a María

en ella, el fiel reconciliado con Dios, con la Iglesia y con los hermanos mediante el Sacramento de la Penitencia, se une al Corazón de Jesús alimentándose con el Sacramento de la Eucaristía y participa de su actitud de ofrecimiento y reparación.

5. Ustedes se sienten vinculados de manera particular al Vicario de Cristo y por ello rezan por él cada día, como hacía la Iglesia madre de Jerusalén por Pedro (**Act 12, 4**); y desean conocer a fondo los problemas concretos que preocupan a la Iglesia universal para darlos a conocer a los asociados, especialmente los problemas referentes a las **misiones** para hacerlos objeto de reflexión atenta que mueva al Pueblo de Dios a orar consciente y responsablemente. La **oración** que fomentan ustedes no consiste sólo en recitación de una fórmula, sino que ha de nacer del corazón del fiel con conciencia de la propia situación de criatura, pero también de hijo adoptivo de Dios, así como de la conciencia de la propia participación en la función sacerdotal, profética y real de Cristo en virtud de la unión con El (cf. **Lumen gentium**, 30-38). Que al mismo tiempo sus asociados sean conscientes del valor santificador y apostólico de su **trabajo diario** concebido como colaboración en la obra de Dios Creador y Redentor (**Enc. Laborem exercens**, 25-27) y de sus **sufrimientos** con los que están llamados a completar en su carne lo que falta a los padecimientos de Cristo (**Col 1, 24**; Carta Apostólica **Salvifici doloris**, 24).

Por consiguiente, les aconsejo que insistan con tesón creciente en la continua **formación** espiritual, doctrinal y catequética de sus asociados, como recomiendan sus estatutos (**III, 1**); una formación basada sólidamente sobre la Palabra de Dios, fiel a la enseñanza de la Iglesia y en sintonía con las directrices conciliares (**Apostolicam actuositatem**, 22-32), que les transmita no sólo el conocimiento, sino el sentido del amor siempre vivo de Cristo Redentor a todos los hombres, y el significado de su vocación apostólica y de la solidaridad universal.

Para conseguir estas metas espirituales no dudo de que pondrán al servicio de las Iglesias locales y particulares todos los instrumentos de las comunicaciones sociales que puedan utilizar a fin de transmitir a todos los hombres la experiencia de la oración auténtica, adaptada a las diferentes culturas y encarnada en sus situaciones históricas, en especial la **oración en familia** que yo mismo he recomendado tantas veces (cf. Exhort. Apost. **Familiaris consortio**, 59-62).

6. Así se hará realidad el deseo de Pío XII, según el cual «el Apostolado de la Oración... de tal manera se une a las otras Asociaciones piadosas que casi las impregna de un aire puro y sano con el que la vida sobrenatural y la actividad apostólica se renueven y refuerzan continuamente en todas partes» (Discurso a los participantes en el congreso internacional del Apostolado de la Oración, 27 de septiembre de 1956: **AAS 48, 1956, págs. 676 y s.**).

Con estos anhelos pongo esta piadosa Asociación universal en sus manos como tesoro precioso del corazón del Papa y del Corazón de Cristo. Consagren todos sus talentos y dediquen todo esfuerzo al cumplimiento de esta misión que les confío hoy.

María Santísima, Madre de la Iglesia, les acompañe en estos días de cenáculo y después en su ministerio por el mundo; al mismo tiempo pido su intercesión maternal sobre los trabajos del congreso y les imparto la bendición apostólica a los presentes, a sus colaboradores y a todos los miembros del Apostolado de la Oración.

# Doctrina de la Iglesia sobre el culto al Sagrado Corazón

**Textos escogidos de las encíclicas pontificias citadas por el Papa Juan Pablo II en su Discurso a los Directores Nacionales del Apostolado de la Oración**

**LEON XIII  
ANNUM SACRUM  
25 de mayo de 1899**

**TEMA CENTRAL: LA CONSAGRACION AL CORAZON DE JESUS**

**Progreso en la tradición pontificia.  
Anuncio de un «obsequio más espléndido»**

Más de una vez Nos hemos esforzado en defender santamente y poner más de manifiesto una estimadísima manera de devoción que consiste en el culto del Sacratísimo Corazón de Jesús, a ejemplo de Nuestros Predecesores Inocencio XII, Benedicto XIII, Clemente XIII, Pío VI, VII y IX; y esto lo llevamos al cabo muy principalmente por el Decreto dado el día XXVIII del mes de junio, año 1889, con el que elevamos al rito de primera clase la festividad de dicho título. Empero ahora se Nos ocurre un obsequio más espléndido, que sea como el ideal acabado de todos los honores que se acostumbraron tributar al Sacratísimo Corazón, y que confiamos ha de ser muy agradable a Jesucristo Redentor.

**Jesucristo merece esta consagración  
por ser Hijo de Dios y Rey del Universo**

Y ese honrosísimo y supremo testimonio de reverencia y piedad dice absolutamente bien con Jesucristo, porque El es el Príncipe y Soberano Señor. Su imperio, en efecto, no se extiende tan sólo sobre los católicos, o sólo sobre los que debidamente purificados por el santo bautismo pertenecen sin duda en estricto derecho a la Iglesia, aunque o el error los descarríe o el cisma los separe de la caridad: sino que abraza

**La Realeza de Cristo  
abarca a todo el universo**

«Te daré las naciones  
en herencia»

La Consagración,  
reconocimiento de la  
Realeza de Cristo

también a cuantos no participan de la fe cristiana, de tal suerte que todo el género humano está verdaderísimamente bajo el poder de Jesucristo. Pues el que es Unigénito de Dios Padre y tiene con El la misma substancia, el que es **el resplandor de su gloria e imagen de su substancia** (Hebr., I, 3), necesariamente tiene comunes con El todas las cosas, y de consiguiente también el supremo dominio de todas ellas. Por lo cual el hijo de Dios dice de sí mismo en el Profeta: **«Y Yo he sido entronizado rey en Sión, su santo monte. — El Señor me dijo: Tú eres mi Hijo. Yo te he engendrado hoy. Pídemelo y te daré las naciones en herencia y en posesión hasta los confines de la tierra»** (Ps., II, 6-8). Con las cuales palabras declara que recibió de Dios el poder ya sobre toda la Iglesia, que se significa por el monte Sión, ya sobre lo restante de la tierra, por donde sus vastos términos se extienden. Y en qué fundamento se apoye esa soberana potestad, bastantemente lo dicen las palabras **Tú eres mi Hijo**. Pues, por el mero hecho de ser Hijo del rey de todas las cosas, es heredero del poder universal; de lo cual fluyen aquellas obras **Te daré las naciones en herencia**. Parecidas a las cuales son las del apóstol San Pablo: **Al cual constituyó heredero universal** (Hebr., I, 2).

### Sentido de la Consagración

Pues, consagrándonos a El, no sólo reconocemos y aceptamos abierta y gustosamente su imperio, sino también testimoniamos prácticamente que, si fuese nuestro lo que le regalamos, se lo daríamos gustosísimos, y que le pedimos que no lleve a mal recibir de nosotros eso mismo, aunque sea totalmente suyo. Este es el significado del acto de que tratamos, ésta la idea expresada con Nuestras palabras. — Y puesto que en el Sagrado Corazón se contiene el símbolo e imagen viva de la infinita caridad de Jesucristo, que por sí misma nos mueve a amarnos mutuamente, por lo mismo es muy natural que nos consagremos a su Corazón augustísimo: lo cual, sin embargo, no es otra cosa que entregarse y obligarse con Jesucristo, porque el honor, reverencia y culto piadoso que se tributa a su Divino Corazón, verdadera y propiamente a Cristo en persona se tributa.

### La nueva gran señal.

#### De El hay que esperar la salvación de los hombres

Estando oprimida la Iglesia por el yugo cesáreo, durante los tiempos próximos a su nacimiento, fue vista en lo alto por un joven emperador la cruz, presagio juntamente y causa de la gloriosísima victoria que luego se siguió. He aquí que hoy se presenta a nuestros ojos otra señal muy favorable y divina: el Corazón Sacratísimo de Jesús, con la cruz sobrepuesta, brillando entre llamas con vivísimo resplandor. En El se han de colocar las esperanzas, a El hay que pedir y de El hay que esperar la salvación de los hombres.

### Mandato del Acto de Consagración del Género Humano al Corazón de Jesús

Así, pues, ordenamos que los días nueve, diez y once del próximo mes de junio, se hagan determinadas oraciones en el templo principal de cada ciudad y pueblo, y que, cada uno de esos días, se añadan a las

demás preces las Letanías del Sacratísimo Corazón aprobadas por Nuestra autoridad; y que el último día se recite la fórmula de Consagración, que os enviamos, Venerables Hermanos, juntamente con esta carta.

**PIO XI**  
**MISERENTISSIMUS REDEMPTOR**  
8 de mayo de 1928

**TEMA CENTRAL: LA REPARACION AL CORAZON DE JESUS**

**Manifestación especial de la caridad de Dios:  
El Sacratísimo Corazón de Jesús**

**El Corazón de Jesús  
bandera de paz y caridad**

Entre las pruebas de la infinita benignidad de nuestro Redentor, brilla muy principalmente el que, enfriándose la caridad de los fieles, se nos presentó la caridad misma de Dios para que se la honrase con particular culto, y se nos manifestaron espléndidamente las riquezas de su bondad por medio de la piadosa práctica con que es venerado el Sacratísimo Corazón de Jesús, **en el cual están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia (Coloss., II, 3)**. Pues, como en otro tiempo quiso Dios que al humano linaje, que salía del Arca de Noé, apareciese una señal de amistoso pacto, **el arco iris visible en las nubes (Gen., II, 14)**, de la misma manera, en los recientes turbulentísimos tiempos, como se extendiese la famosa herejía jansenista, la más taimada de todas, enemiga del amor y piedad para con Dios, que predicaba que éste no tanto debía ser amado como padre cuanto temido como implacable juez, el benignísimo Jesús manifestó en alto a las naciones su Corazón Sacratísimo, como bandera de paz y caridad, y como presagio de no dudosa victoria en la contienda.

**El Culto al Corazón de Jesús compendio de toda religión  
y la norma de vida más perfecta  
La comunión del primer viernes de cada mes**

**Los Papas alabaron  
y promovieron siempre  
la devoción al  
Corazón de Jesús**

Y con razón por cierto, Venerables Hermanos, pues en aquella señal de óptimo presagio y en el piadoso culto que de ella se deriva, ¿no es verdad que se contiene el compendio de toda religión y aun la norma de vida más perfecta, como quiera que guía más suavemente las almas al profundo conocimiento de Cristo Señor nuestro, y con mayor eficacia las mueve a amarle más apasionadamente y a imitarle más de cerca? Nadie se admire, pues, de que Nuestros predecesores hayan defendido continuamente esta devoción estimadísima contra las acusaciones de los calumniadores, y ensalzado con grandísimas alabanzas, y promovido con gran celo, según exigían las circunstancias de tiempos y acontecimiento. Y, por providencial voluntad de Dios ha sucedido que la piadosa inclinación de los fieles hacia el Sacratísimo Corazón de Jesús creciese de día en día; de aquí las pías asociaciones a cada paso creadas para promover el culto del Divino Corazón; de aquí la costumbre de comulgar el primer viernes de cada mes según el deseo de Cristo, que por cierto es hoy costumbre en todas partes.

### **Relación íntima entre el reinado de Cristo y la devoción a su Corazón. Esperanza cierta y fundada del triunfo total de Cristo**

#### **La fiesta de Cristo Rey expresión de esperanza en el Reinado de Cristo sobre las sociedades**

Mas Nós mismo, accediendo a los perseverantes y grandísimos deseos de Obispos y fieles, con la gracia de Dios dimos impulso y realizamos cumplidamente estos tan faustos y gratos principio, como manifestamos en nuestra Carta Encíclica **Quas Primas**, cuando, al fin del año expiatorio, instituímos la fiesta de Cristo Rey universal, para que fuese celebrada solemnemente en todo el mundo cristiano. Al hacer lo cual, no sólo pusimos de manifiesto el supremo poder que Cristo tiene sobre todas las cosas, sobre la sociedad civil y doméstica, sobre cada uno de los hombres, sino también saboreamos ya de antemano los goces del día soberanamente fausto en que el orbe entero obedecerá de todo corazón al suavísimo dominio de Cristo Rey. Por lo cual juntamente manifestamos entonces que, con ocasión del establecimiento de dicha fiesta, se renovase cada año esta misma consagración, para conseguir con más seguridad y abundancia el fruto de ella y para unir, con la cristiana caridad y paz, a todos los pueblos en el Corazón del Rey de reyes y Señor de los que dominan.

#### **A la Consagración debe seguir la reparación**

#### **Correspondencia al amor de Dios**

Mas conviene que, a todos estos obsequios, principalmente la tan fructífera consagración, como confirmada por la sagrada solemnidad de Cristo Rey, se añada otro, acerca del cual, Venerables Hermanos, Nos place entretenernos ahora con vosotros un poco más extensamente: el homenaje, decimos, de pública satisfacción o reparación, como llaman, que hay que tributar al Sacrantísimo Corazón de Jesús. Pues, si lo primero y principal en la consagración consiste en que el amor de la criatura responda al amor del Creador, espontáneamente se sigue de ahí que deban compensarse las injurias de cualquier modo inferidas al mismo Amor increado, si alguna vez es éste menospreciado con el olvido, o injuriado con la ofensa: la cual obligación apellidamos vulgarmente reparación.

#### **Completamos los sufrimientos de Cristo unidos a su sacrificio que se renueva en el altar**

Mas, aunque la abundante redención de Cristo nos **perdonó todos los delitos** (Cf. **Coloss.**, II, 13), sin embargo, a causa de la admirable disposición de la divina Sabiduría, por la que se ha de completar en nuestra carne lo que falta de la pasión de Cristo en favor de su cuerpo que es la Iglesia (Cf. **Coloss.**, I, 24), a las alabanzas y satisfacciones, **que Cristo tributó a Dios en nombre de los pecadores**, también podemos y aun debemos añadir las nuestras. Mas conviene que tengamos presente que toda la virtud de la expiación depende exclusivamente del cruento sacrificio de Cristo, que sin interrupción se renueva de modo incruento en nuestros altares, puesto que **una misma es la Hostia, el que ahora se ofrece por ministerio de los sacerdotes es el mismo que se ofreció entonces en la cruz, siendo diversa sólo la manera de ofrecerse** (Conc. Trid., sess. XXII, c. 2).

### Es posible consolar a Cristo hoy

Mas, ¿cómo semejantes ritos expiatorios podrían consolar a Cristo, que reina felizmente en los cielos? Claro está, respondemos, sirviéndonos de las palabras de San Agustín, que caen muy bien en este lugar: **dame un amante y entiende lo que digo (In Ioannis evangelium, tract. XXVI, 4).**

### Cristo es continuamente ofendido

15. Pues los más amantes de Dios, si echan una mirada al pasado, ven en su meditación, y contemplan a Cristo en bien del hombre trabajando, padeciendo, soportando las cosas más duras, consumido de tristeza, angustia, oprobios **por nosotros y por nuestra salvación**, más aún **triturado por causa de nuestros crímenes (Is., LIII, 5)**, y sanándonos con sus magulladuras. Y con tanta más verdad meditan estas cosas las almas piadosas cuanto que los pecados y crímenes de los hombres, en cualquier tiempo perpetrados, hicieron que el Hijo de Dios fuese entregado a la muerte, y de suyo darían aun ahora a Cristo la muerte con los mismos dolores y aflicciones, ya que cada uno de ellos se cree que renueva a su modo la pasión del Señor: **crucificando de nuevo al Hijo de Dios y exponiéndole al escarnio (Hebr., VI, 6)**. Mas si también por causa de nuestros pecados, que se habían de cometer y eran previstos, se entristeció el alma de Cristo hasta verse en trance de muerte, no hay duda que ya entonces recibió también algún consuelo de nuestra reparación asimismo prevista, **cuando se le apareció un Angel del cielo (Lc., XXII, 43)**, para consolar su Corazón oprimido por el tedio y angustia. Y así aun ahora podemos y debemos consolar con maravillosa pero verdadera manera, al Corazón Sacratísimo, que continuamente es herido por los pecados de los hombres ingratos, puesto que, como también se lee en la sagrada liturgia, Cristo mismo se queja, por boca del Salmista, de que ha sido abandonado de sus amigos: **Improprios y miserias aguardó mi corazón y esperé que alguno se condoliese conmigo mas no lo hubo, y quien me consolase y no lo hallé (Ps., LXVIII, 21)**.

### Necesidad de expiación para estos tiempos de manifestación del hombre de pecado

Y en cuánto grado apremie la necesidad de tal expiación o reparación, muy principalmente en estos tiempos, a nadie se le ocultará que, como al principio dijimos, recorriere con los ojos y la mente este mundo, **poseído del mal espíritu (1 Io., V, 19)**. Pues de todas partes sube a Nós el clamor de los pueblos que gimen, cuyos príncipes o gobernantes verdaderamente se han coligado y confederado contra el Señor y su Iglesia (Cf. **Ps., II, 2**). Vemos ciertamente que por aquellas regiones se trastornan todos los derechos divinos y humanos. Los templos son demolidos y destruidos; los religiosos y sagradas vírgenes son arrojados de sus casas, y molestados con insultos, crueldades, hambre y cárceles; grupos de niños y doncellas son arrebatados del gremio de la madre Iglesia, e inducidos a renegar y blasfemar de Cristo, y a torpísimos crímenes de lujuria; toda la cristiandad, muy sobrecogida de espanto y dispersada, se encuentra en continuo peligro o de apostasía o aun de atrozísima muerte. Las cuales cosas son en verdad tan tristes,

**Podemos y debemos consolar al Corazón de Jesús**

**Universal peligro de apostasía en el mundo cristiano**

«El principio de los dolores»

que se diría que, por medio de tales acontecimientos, se prenuncia ya ahora y se augura **el principio de los dolores**, que traerá **el hombre del pecado levantándose sobre todo lo que es llamado o reverenciado como Dios (2 Thes., II, 4)**.

«Se acercan aprisa los tiempos»

#### **La deserción de muchos. Abundancia de inseguridad**

Mas viene como a poner el colmo a estos males ya la inercia y desidia de los que titubeando en la fe, a la manera de los discípulos que dormitaban y huían, abandonan miserablemente a Cristo oprimido por la angustia o rodeado de los satélites de Satanás, ya la perfidia de aquéllos que, habiendo seguido el ejemplo del traidor Judas, o comulgan sacrilegamente o se fugan al campamento de los enemigos. Y así aun al espíritu indispuesto se le ocurre que se acercan aprisa los tiempos de que vaticinó Nuestro Señor: **Y puesto que abundó la iniquidad, se enfriará la caridad de muchos (Mt., XXIV, 12)**.

**Cultos reparadores**

#### **Movimientos eclesiales de reparación y desagravio por todas partes**

Y de ahí se originaron también muchas congregaciones religiosas de hombres y mujeres, que tienen por objeto desempeñar, en cierto modo, con obsequioso servicio, día y noche, el papel del Angel consolador de Cristo en el huerto; de ahí las asociaciones de hombres piadosos, aprobadas asimismo por la Sede Apostólica y enriquecidas con indulgencias, que se apropian la misma obligación de expiar para cumplirla con aptos ejercicios de piedad y de virtud; de ahí finalmente, para pasar por alto otras cosas, los cultos introducidos con el fin de reparar el divino honor violado y los solemnes actos de desagravios, como llaman, practicados en todas partes no sólo por cada uno de los fieles en particular, sino también por las parroquias, por las diócesis, por las ciudades.

#### **Exhortación a que aumente la costumbre de reparar**

Siendo esto así, Venerables Hermanos, como la práctica de la consagración, nacida de humildes principios, y luego bastante divulgada, consiguió por fin el apetecido esplendor, gracias a Nuestra confirmación, así deseamos con ardor que la costumbre de esta expiación o piadosa reparación, introducida ha tiempo santamente y santamente propagada, sea asimismo aprobada con más firmeza por Nuestra Apostólica autoridad y con más solemnidad practicada por todos los católicos. Por lo cual decretamos y ordenamos que cada año, en la fiesta del Sacratísimo Corazón de Jesús, que hemos mandado elevar, con esta ocasión, al rito doble de primera clase con octava, sea solemnemente recitada en honor de Nuestro amantísimo Salvador, en todos los templos, en todo el orbe de la tierra, la misma súplica expiatoria o acto de desagravio, como dicen, expresada con las mismas palabras, conforme al modelo que añadimos a esta Encíclica, de suerte que con ella se lloren todas nuestras culpas y se resarzan los violados derechos de Cristo sumo Rey y amantísimo Señor.

#### **Promesas ligadas a la reparación**

23. Ciertamente, Venerables Hermanos, no hay razón por qué demos que de esta práctica piadosa, santamente renovada e impuesta a

la Iglesia universal, vendrán no sólo a los individuos, sino también a la sociedad religiosa, civil y familiar muchos y excelentes bienes, puesto que Nuestro mismo Redentor prommetió a Margarita María **que todos los que honrasen de ese modo a su Corazón, serían colmados de la abundancia de gracias celestiales.**

**Asociados a María, Abogada de pecadores  
y Redentora de todos los hombres**

**María, medianera de  
la gracia**

Y principalmente deseamos mucho y esperamos que la justicia de la divina Deidad, que, por causa de diez justos, hubiera perdonado misericordiosa a los Sodomitas, perdonará mucho más a todo el linaje humano, invocada humildemente y felizmente aplacada por la cristianidad junto con Cristo Mediador y Cabeza, por todos y en nombre de todos los suplicantes. Finalmente, la benignísima Virgen Madre de Dios sonría favorablemente a estos Nuestros deseos y conatos, la cual habiéndonos dado y criado a Jesús Redentor, y ofreciéndole junto a la cruz como hostia, fue también y es piadosamente llamada Redentora por la misteriosa unión con Cristo y por su gracia absolutamente singular. En cuya oración ante Cristo confiados Nós, que, aun siendo el único **Mediador de Dios y de los hombres (1 Tim., II, 5)**, quiso asociarse su Madre como abogada de los pecadores y administradora y medianera de la gracia, a vosotros, Venerables Hermanos, y a toda la grey confiada a vuestros cuidados damos amantísimamente la apostólica bendición, como augurio de los celestiales dones y testimonio de Nuestra paternal benevolencia.

**PIO XII  
HAURIETIS AQUAS  
15 mayo 1956**

**TEMA CENTRAL: SOBRE EL CULTO Y LA DEVOCION  
AL SAGRADO CORAZON DE JESUS**

**Estado de la cuestión en nuestro tiempo**

**La Iglesia siempre  
ha tenido en gran  
estima el culto al  
Corazón de Jesús**

La Iglesia siempre ha tenido en tan grande estima el culto del Sacratísimo Corazón de Jesús: lo fomenta y propaga entre todos los cristianos, y lo defiende, además, enérgicamente contra las acusaciones del «Naturalismo» y del «Sentimentalismo»; sin embargo, es muy doloroso comprobar cómo, en lo pasado y aun en nuestros días, este nobilísimo culto no es tenido en el debido honor y estimación por algunos cristianos, y a veces ni aun por los que se dicen animados de un sincero celo por la religión católica y por su propia santificación.

**Penetración del culto al Corazón de Jesús en nuestro tiempo**

**Si tú conocieses el don de Dios.** Con estas palabras, Venerables Hermanos, Nos, que por divina disposición hemos sido constituidos guardián y dispensador del tesoro de la fe y de la piedad que el Divino Redentor ha confiado a la Iglesia, conscientes del deber de Nuestro ofi-

cio, amonestamos a todos aquellos de Nuestros hijos que, a pesar de que el culto del Sagrado Corazón de Jesús, venciendo la indiferencia y los errores humanos, ha penetrado ya en su Cuerpo Místico, todavía abrigan **prejuicios** hacia él y aun llegan a reputarlo menos adaptado, por no decir nocivo, a las necesidades espirituales de la Iglesia y de la humanidad en la hora presente, que son las más apremiantes.

### **Hay quien todavía piensa que este culto es uno más**

#### **Ideas erróneas sobre el valor de este culto**

Pues no faltan quienes confundiendo o equiparando la índole de este culto con las diversas formas particulares de devoción, que la Iglesia aprueba y favorece sin imponerlas, lo juzgan como algo superfluo que cada uno pueda practicar o no, según le agradare; otros consideran oneroso este culto, y aun de poca o ninguna utilidad, singularmente para los que militan en el Reino de Dios, consagrando todas sus energías espirituales, su actividad y su tiempo a la defensa y propaganda de la verdad católica, a la difusión de la doctrina social católica, y a la multiplicación de aquellas prácticas religiosas y obras que ellos juzgan mucho más necesarias en nuestros días. Y no faltan quienes estiman que este culto, lejos de ser un poderoso medio para renovar y reforzar las costumbres cristianas, tanto en la vida individual como en la familiar, no es sino una devoción, más saturada de sentimientos que constituida por pensamientos y afectos nobles; así la juzgan más propia de la sensibilidad de las mujeres piadosas que de la seriedad de los epíritus cultivados.

### **Algunos creen que es pasivo y sentimental**

Otros, finalmente, al considerar que esta devoción exige, sobre todo, penitencia, expiación y otras virtudes, que más bien juzgan **pasivas** porque aparentemente no producen frutos externos, no la creen a propósito para reanimar la espiritualidad moderna, a la que corresponde el deber de emprender una acción franca y de gran alcance en pro del triunfo de la fe católica y en valiente defensa de las costumbres cristianas; y ello, dentro de una sociedad plenamente dominada por el indiferentismo religioso que niega toda norma para distinguir lo verdadero de lo falso, y que, además, se halla penetrada, en el pensar y en el obrar, por los principios del **materialismo** ateo y del **laicismo**.

### **Plena oposición entre estas opiniones y la verdad proclamada por los Papas**

#### **Estas actitudes son contrarias a las enseñanzas de la Iglesia**

¿Quién no ve, Venerables Hermanos, la plena oposición entre estas opiniones y el **sentir de Nuestros Predecesores**, que desde esta cátedra de verdad aprobaron públicamente el culto del Sacratísimo Corazón de Jesús? ¿Quién se atreverá a llamar inútil o menos acomodada a nuestros tiempos esta devoción que Nuestro Predecesor, de i.m., León XIII, llamó **práctica religiosa dignísima de todo encomio**, y en la que vio un poderoso remedio para los mismos males que en nuestros días, en forma más aguda y más amplia, inquietan y hacen sufrir a los individuos y a la sociedad? **Esta devoción —decía—, que a todos recomendamos, a todos será de provecho.** Y añadía este aviso y exhortación que se refiere a la devoción al Sagrado Corazón: **Ante la amenaza de las graves desgra-**

**cias que hace ya mucho tiempo se ciernen sobre nosotros, urge recurrir a Aquel único, que puede alejarlas. Mas ¿quién podrá ser Este sino Jesucristo, el Unigénito de Dios? «Porque debajo del cielo no existe otro nombre, dado a los hombres, en el cual hayamos de ser salvos». Por lo tanto, a El debemos recurrir, que es «camino, verdad y vida».**

No menos recomendable ni menos apto para fomentar la piedad cristiana lo juzgó Nuestro inmediato Predecesor, de f.m., Pío XI, en su encíclica **Miserentissimus Redemptor**: **¿No están acaso contenidos en esta forma de devoción el compendio de toda la religión y aun la norma de vida más perfecta, puesto que constituye el medio más suave de encaminar las almas al profundo conocimiento de Cristo Señor nuestro y el medio más eficaz que las mueve a amarle con más ardor y a imitarle con mayor fidelidad y eficacia?**

### **El sentir del Papa**

**Frutos de esta devoción en nuestro tiempo**

**El Apostolado de la Oración promueve esta devoción eficazmente**

Nos, por nuestra parte, en no menor grado que Nuestros Predecesores, hemos aprobado y aceptado esta sublime verdad; y cuando fuimos elevados al sumo pontificado, al contemplar el feliz y triunfal progreso del culto al Sagrado Corazón de Jesús entre el pueblo cristiano, sentimos Nuestro ánimo lleno de gozo y Nos regocijamos por los innumerables frutos de salvación que producía en toda la Iglesia; sentimientos que Nos complacimos en expresar ya en Nuestra primera Encíclica . Estos frutos, a través de los años de Nuestro pontificado —llenos de sufrimientos y angustias, pero también de inefables consuelos—, no se mermaron en número, eficacia y hermosura, antes bien se aumentaron. Pues, en efecto, muchas iniciativas, y muy acomodadas a las necesidades de nuestros tiempos, han surgido para favorecer el crecimiento cada día mayor de este mismo culto: asociaciones, destinadas a la cultura intelectual y a promover la religión y la beneficencia; publicaciones de carácter histórico, ascético y místico para explicar su doctrina; piadosas prácticas de reparación y, de manera especial, las manifestaciones de ardentísima piedad promovidas por el **Apostolado de la Oración**, a cuyo celo y actividad se debe que familias, colegios, instituciones y aun, a veces, algunas naciones se hayan consagrado al Sacratísimo Corazón de Jesús. Por todo ello, ya en Cartas, ya en Discursos y aun Radiomensajes, no pocas veces hemos expresado Nuestra paternal complacencia.

### **Los dones del Corazón de Jesús:**

**La Eucaristía. El Sacerdocio. El Espíritu Santo**

Con razón, pues, debe afirmarse que la divina **Eucaristía**, como sacramento por el que El se da a los hombres y como sacrificio en el que El mismo continuamente se inmola desde **el nacimiento del sol hasta su ocaso**, y también el **Sacerdocio**, son clarísimos dones del Sacratísimo Corazón de Jesús.

La **misión del Espíritu Santo** a los discípulos es la primera y espléndida señal del munífico amor del Salvador, después de su triunfal ascensión a la diestra del Padre. De hecho, pasados diez días, el Espíritu Paráclito, dado por el Padre celestial, bajó sobre los apóstoles

**La Consagración de familias y naciones, fruto de la tarea del Apostolado de la Oración**

**La herida del Corazón  
de Jesús imagen viva  
del amor divino**

reunidos en el Cenáculo, como Jesús mismo les había prometido en la última cena: **Yo rogaré al Padre y él os dará otro consolador para que esté con vosotros eternamente.** El Espíritu Paráclito, por ser el Amor mutuo personal por el que el Padre ama al Hijo y el Hijo al Padre, es enviado por ambos, bajo forma de lenguas de fuego.

Por ello, durante el curso de los siglos, la herida del Corazón Sacratísimo de Jesús, muerto ya a esta vida mortal, ha sido la imagen viva de aquel amor espontáneo por el que Dios entregó a su Unigénito para la redención de los hombres, y por el que Cristo nos amó a todos con tan ardiente amor, que se inmoló a sí mismo como víctima cruenta en el Calvario: **Cristo nos amó, y se ofreció a sí mismo a Dios, en oblación y hostia de olor suavísimo.**

**Himno de victoria: Nada es más fuerte  
que el amor de Dios que se funda en Jesucristo**

A esta divina caridad, que redunda del Corazón del Verbo encarnado y se infunde por obra del Espíritu Santo en las almas de todos los creyentes, el Apóstol de las Gentes entonó aquel himno de victoria, que ensalza a la par el triunfo de Jesucristo, Cabeza, y el de los miembros de su Místico Cuerpo sobre todo cuanto de algún modo se opone al establecimiento del divino Reino del amor entre los hombres: **¿Quién podrá separarnos del amor de Cristo? ¿La tribulación?, ¿la angustia?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿el riesgo, la persecución?, ¿la espada?... Mas en todas estas cosas soberanamente triunfamos por obra de Aquel que nos amó. Porque seguro estoy de que ni muerte ni vida, ni ángeles ni principados, ni lo presente ni lo venidero, ni poderíos, ni altura, ni profundidades, ni otra alguna criatura será capaz de separaros del amor de Dios que se funda en Jesucristo nuestro Señor.**

**Síntesis de todo el misterio de nuestra Redención**

Así, pues, el Corazón de nuestro Salvador en cierto modo refleja la imagen de **la divina Persona del Verbo**, y es imagen también de sus dos naturalezas, la humana y la divina; y así en él podemos considerar no sólo el símbolo, sino también, en cierto modo, la síntesis de todo el misterio de nuestra Redención.

**Los grandes promotores: Sta. Margarita  
y el Beato Claudio de la Colombière**

**Amor y reparación  
elementos esenciales  
del culto**

Pero entre todos los promotores de esta excelsa devoción merece un puesto especial **Santa Margarita María Alacoque**, porque su celo, iluminado y ayudado por el de su director espiritual —el Beato Claudio de la Colombière—, consiguió que este culto, ya tan difundido, haya alcanzado el desarrollo que hoy suscita la admiración de los fieles cristianos, y que, por sus características de amor y reparación, se distingue de todas las demás formas de la piedad cristiana.

**Los verdaderos adoradores en espíritu y en verdad**

Constante persuasión de la Iglesia, maestra de verdad para los hombres, ya desde que promulgó los primeros documentos oficiales relati-

vos al culto del Corazón Sacratísimo de Jesús, fue que sus elementos esenciales, es decir, los actos de amor y de reparación tributados al amor infinito de Dios hacia los hombres, lejos de estar contaminados de **materialismo** y de superstición, constituyen una norma de piedad, en la que se cumple perfectamente aquella religión espiritual y verdadera que anunció el Salvador mismo a la Samaritana: **Ya llega tiempo, y ya estamos en él, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad, pues tales son los adoradores que el Padre desea. Dios es espíritu, y los que lo adoran deben adorarle en espíritu y en verdad.**

### **La verdad del simbolismo del Corazón de Jesús**

Por ello, en esta materia tan importante como delicada, es necesario tener siempre muy presente cómo **la verdad del simbolismo natural**, que relaciona al Corazón físico de Jesús con la Persona del Verbo, descansa toda ella en la verdad primaria de la unión hipostática; en torno a la cual no cabe duda alguna, como no se quiera renovar los errores condenados por más de una vez por la Iglesia, por contrarios a la unidad de Persona en Cristo, con la distinción e integridad de sus dos naturalezas.

### **El Verbo Encarnado es Dios y hombre verdadero. No se puede llegar al Corazón de Dios sino pasando por el Corazón de Cristo**

Esta verdad fundamental nos permite entender cómo el Corazón de Jesús es el corazón de una persona divina, es decir, del Verbo Encarnado, y que, por consiguiente, representa y pone ante los ojos todo el amor que El nos ha tenido y nos tiene aún. Y aquí está la razón de por qué el culto al Sagrado Corazón se considera, en la práctica, como la más completa profesión de la religión cristiana. Verdaderamente, la religión de Jesucristo se funda toda en el Hombre-Dios Mediador; de manera que no se puede llegar al Corazón de Dios sino pasando por el Corazón de Cristo, conforme a lo que El mismo afirmó: **Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie viene al Padre sino por mí.**

### **Copiosa mies de frutos espirituales**

Finalmente, conveniente es asimismo pensar que este culto tiene en su favor una **mies de frutos espirituales** tan copiosos como consoladores, que de ella se han derivado para la Iglesia: innumerables conversiones a la religión católica, reavivada vigorosamente la fe en muchos espíritus, más íntima la unión de los fieles con nuestro amantísimo Redentor; frutos todos estos que, sobre todo en los últimos decenios, se han mostrado en una forma tan frecuente como conmovedora.

Al contemplar este admirable espectáculo de la extensión y fervor con que la devoción al sacratísimo Corazón de Jesús se ha propagado en toda clase de fieles. Nos sentimos ciertamente llenos de gozo y de inefable consuelo; y, luego de dar a nuestro Redentor las obligadas gracias por los tesoros infinitos de su bondad, no podemos menos de expresar Nuestra paternal complacencia a todos los que, tanto del clero como del elemento seglar, con tanta eficacia han cooperado a promover este culto.

**El Corazón de Cristo  
camino necesario  
hacia Dios**

### **Odio a Dios de los enemigos del Señor**

#### **El ateísmo militante de nuestro tiempo**

Ciertamente, el **odio contra Dios** y contra los que legítimamente hacen sus veces es el mayor delito que puede cometer el hombre, creado a imagen y semejanza de Dios y destinado a gozar de su amistad perfecta y eterna en el cielo; puesto que por el odio a Dios el hombre se aleja lo más posible al Sumo Bien, y se siente impulsado a rechazar de sí y de sus prójimos cuanto viene de Dios, une con Dios y conduce a gozar de Dios, o sea, la verdad, la virtud, la paz y la justicia.

Pudiendo, pues, observar que, por desgracia, el número de los que se jactan de ser **enemigos del Señor** eterno crece hoy en algunas partes, y que los falsos principios del **materialismo** se difunden en las doctrinas y en la práctica; y oyendo cómo continuamente se exalta la licencia desenfrenada de las pasiones, ¿qué tiene de extraño que en muchas almas se enfríe la caridad, que es la suprema ley de la religión cristiana, el fundamento más firme de la verdadera y perfecta justicia, el manantial más abundante de la paz y de las castas delicias? Ya lo advirtió nuestro Salvador: **Por la inundación de los vicios, se resfriará la caridad de muchos.**

#### **El único remedio: la devoción al Sagrado Corazón de Jesús**

### **Urge establecer el Reino de Dios en los individuos, las familias y las naciones**

Finalmente, con el ardiente deseo de poner una firme muralla contra las impías maquinaciones de los enemigos de Dios y de la Iglesia, y también hacer que las familias y las naciones vuelvan a caminar por la senda del amor a Dios y al prójimo, no dudamos en **proponer la devoción al Sagrado Corazón de Jesús como escuela efficacísima de caridad divina**; caridad divina, en la que se ha de fundar, como en el más sólido fundamento, aquel Reino de Dios que urge establecer en las almas de los individuos, en la sociedad familiar y en las naciones, como sabiamente advirtió Nuestro mismo Predecesor, de p.m.: **El reino de Jesucristo saca su fuerza y su hermosura de la caridad divina: su fundamento y su excelencia es amar santa y ordenadamente. De donde se sigue necesariamente: cumplir íntegramente los propios deberes, no violar los derechos ajenos, considerar los bienes naturales como inferiores a los sobrenaturales y anteponer el amor de Dios a todas las cosas.**

#### **El Inmaculado Corazón de María.**

#### **La Consagración de la Iglesia y el Mundo al Inmaculado Corazón de María**

### **María está unida inseparablemente con Jesucristo en la obra redentora**

Y para que la devoción al Corazón augustísimo de Jesús produzca más copiosos frutos de bien en la familia cristiana y aun en toda la humanidad, procuren los fieles unir a ella estrechamente la devoción al **Inmaculado Corazón de la Madre de Dios**. Ha sido voluntad de Dios que, en la obra de la Redención humana, la Santísima Virgen María estuviese inseparablemente unida con Jesucristo; tanto, que nuestra salvación es fruto de la caridad de Jesucristo y de sus padecimientos, a los cuales estaban íntimamente unidos el amor y los dolores de su Madre. Por eso, el pueblo cristiano que por medio de María ha recibido de Jesucristo la vida divina, después de haber dado al Sagrado Corazón de Jesús el debido culto, rinda también al amantísimo Corazón de su Madre celestial parecidos obsequios de piedad, de amor, de agradecimiento y de reparación. En armonía con este sapientísimo y suavísimo designio de la divina Providencia, Nos mismo, con un acto solemne, dediquemos y consagramos la santa Iglesia y el mundo entero al Inmaculado Corazón de la Santísima Virgen María.

## RAZON DE ESTE NUMERO

*Las palabras que el Papa Juan Pablo II dirigió el pasado 13 de abril al Prepósito de la Compañía de Jesús, P. Peter-Hans Kolvenbach y a los que con él colaboran en su responsabilidad como Moderador General del Apostolado de la Oración, constituyó un acontecimiento de excepcional y decisivo significado, para todos los que nos sentimos llamados al apostolado del Corazón de Jesús, y muy especialmente para todos los que estamos vinculados a la Asociación piadosa y apostólica, que ha ejercido desde su fundación una tarea tan fecunda y eficaz al servicio de aquella devoción: El Apostolado de la Oración.*

*Fundada en 1844, y después de recibir su definitiva orientación por obra del P. Enrique Ramière, el A. de la O. pasó a tener como Director General al Prepósito de la Compañía de Jesús, por voluntad de la Santa Sede, en 1896.*

*El acto pontificio a que nos referimos, el discurso del pasado 13 de abril, contiene la más expresa y pública declaración de la voluntad de la Cátedra apostólica de que la Compañía de Jesús siga entregando sus esfuerzos y actividades, con conciencia y propósito renovados, a prestar a la Iglesia católica el eminente servicio de trabajar en la línea apostólica de aquella Asociación piadosa, que hoy el Papa califica de «Tesoro del Corazón del Papa y del Corazón de Cristo».*

*Esta Revista no podía dejar pasar esta ocasión sin hacerse eco del mensaje pontificio. Nacida del espíritu del Apostolado de la Oración, y formados sus redactores en Schola Cordis Iesu, la sección fundada en Barcelona hace ya muchos años por el jesuita Ramón Orlandis Despuig, ha sentido el mensaje pontificio también como un llamamiento e invitación a dar a conocer cada vez más en la medida de sus posibilidades, la espiritualidad y la doctrina recibidas.*

*La espiritualidad del Apostolado de la Oración, entendida en su profundidad y en su raíz esencial, ha de ser apta para ser ofrecida universalmente a todos. Porque lo esencial en ella es la conciencia de la unión de la vida de los hombres redimidos con su Redentor y Cabeza. Por esto el Papa elogia a esta asociación de haber difundido la espiritualidad de la Redención, y haber dado a sentir a los cristianos la universal solidaridad en el Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia. Por esto precisamente esta espiritualidad es inseparable de la entrega de la vida al servicio del amor redentor, como la propusieron San Luis M.<sup>o</sup> Grignión de Monfort, cuya doctrina inspiró al P. Ramière en la orientación dada al Apostolado de la Oración, y Santa Teresita del Niño Jesús, la Mensajera del Amor Misericordioso, que afirmaba como fin general de su vida el orar en unión con la Iglesia y el Papa, con deseo misionero y santificador, por lo que justamente se podría proclamar como Patrona del Apostolado de la Oración, como escribió hace algunos años en nuestras páginas el P. Roberto Cayuela S.I., de santa memoria.*

*Esta Revista se ha complacido, en una ocasión tan decisiva para su vida, en ofrecer sus páginas a quien fue Consiliario, durante muchos años de Schola Cordis Iesu en Barcelona, el P. Casimiro Puig, S.I. y al actual Director de la Schola de Bilbao, el P. Juan Manuel de Igartua, S.I., que ha estudiado el tema de la responsabilidad providencial de la Compañía de Jesús fundada en el «encargo suavísimo» de que hablaron Santa Margarita M.<sup>o</sup> de Alacoque y el Beato Claudio de la Colombière.*

## Un medio pastoral para nuestro tiempo

# Apostolado de la Oración, una espiritualidad para todos

Luis COMAS ZAVALA

El Concilio Vaticano II tuvo un carácter pastoral, que siempre se ha subrayado. Un concilio pastoral, sobre la base de las verdades que proclama, recuerda o esclarece, se propone ante todo brindar un estilo de vida a los cristianos, a su modo de pensar y de actuar (1). El Apostolado de la Oración (en adelante A. de la O.), «Obra que, desde hace más de un siglo —son palabras del Papa, en su discurso— ha venido prestando grandes servicios a **la pastoral de la Iglesia**, como instrumento particularmente apto y eficaz», encuentra, en el carácter pastoral y en las enseñanzas del Concilio, la razón de ser de su misión urgente y actual.

Al exponer la doctrina sobre la Iglesia, en la constitución dogmática «Lumen gentium», el Concilio dedica un capítulo a la «Universal vocación a la santidad en la Iglesia», que constituye una llamada a todos los fieles, de cualquier estado o condición a responder al mandato evangélico de Cristo: «Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto» (Mt 5, 48). El Concilio insiste en que este llamamiento es para todos y concreta de qué forma puede, cada uno en su estado, alcanzar la santidad querida por Dios. Esposos y padres, viudos y célibes, trabajadores, pobres, enfermos... son objeto de atención, en el documento conciliar, que, a modo de conclusión, termina reafirmando:

**«Por tanto, todos los fieles cristianos, en las condiciones, ocupaciones o circunstancias de su vida, y a través de todo eso, se santificarán más cada día si lo aceptan todo con fe de la mano del Padre celestial y colaboran con la voluntad divina, haciendo manifiesta a todos, incluso en**

**su dedicación a las tareas temporales, la caridad con que Dios amó al mundo» (Lumen gentium, 41).**

Promover la santidad de sus miembros, a través del ofrecimiento de la propia vida, lo que comporta vivir las ocupaciones diarias en conformidad con el ofrecimiento realizado, es una de las finalidades del A. de la O. Por eso, al proclamar el Concilio la universal vocación a la santidad de todos los fieles, el A. de la O., no sólo ve confirmada esta finalidad, en la enseñanza conciliar, sino que sobre todo, se siente impulsado a ampliar y extender su ámbito de actuación. A toda clase de fieles puede y debe llegar, como adecuado medio de santificación.

El Espíritu Santo ha inspirado a su Iglesia, por medio del Concilio, una mayor conciencia de sí misma y de la gran tarea que debe realizar: revelar a Cristo al mundo, ayudar a todo hombre para que se encuentre a sí mismo en El, ayudar a las generaciones contemporáneas de nuestros hermanos y hermanas, pueblos, naciones, estados, humanidad, países en vías de desarrollo y países en la opulencia, a todos en definitiva, a conocer las «insondables riquezas de Cristo» (Ef 3, 8), porque éstas son para todo hombre y constituyen el bien de cada uno (2).

El mundo contemporáneo, descristianizado, cerrado a todo sentido trascendente, ha excluido de su pensamiento, la necesidad de que el hombre sea redimido por Dios. Hacia esta humanidad autosuficiente, ensoberbecida por su situación y por sus logros, que niega a Dios para afirmar al hombre, que no percibe la indigencia en que se encuentra, se vuelve la Iglesia con solicitud maternal. Ella desea aproximarse a cada

hombre para mostrarle el Amor Misericordioso de Dios, del que la humanidad contemporánea tiene tanta necesidad, aunque no la perciba. Una vez más, en esta hora postconciliar, se muestra evidente el designio providencial de las revelaciones del Sagrado Corazón de Jesús a Santa Margarita María de Alacoque, en Paray-le-Monial. La situación del hombre de hoy está mostrando no sólo la necesidad y la urgencia, sino también la congruencia profunda para las necesidades de la humanidad contemporáneas, del mensaje del amor de Dios sensibilizado humana y corporalmente en el Corazón de Cristo (3).

El A. de la O., que nació al amparo de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, es la forma más perfecta y útil de practicar esta devoción. El Padre Ramière incluso afirma más: la práctica del A. de la O. es el apostolado propio del Corazón de Jesús y por eso, debe ser el apostolado de todos los amigos de este amabilísimo Corazón (4). Por esta espiritualidad, centrada en el Corazón de Jesús, el A. de la O., es instrumento adecuado para llegar al hombre contemporáneo.

Al inicio de su pontificado, Juan Pablo II invitó a todos los hombres a abrir las puertas a Cristo. En las postrimerías de este segundo milenio, su magisterio supone un continuo empeño de evangelización de la humanidad contemporánea. Por eso, en el discurso a los Directores Nacionales del A. de la O., el Santo Padre no sólo recuerda y alaba los logros obtenidos por esta Obra, que asocia a su empeño apostólico, sino que, además, afirma que «puede aportar una cooperación válida y concreta **para difundir en todos los niveles** la grande y consoladora afirmación: que todo cristiano puede estar íntimamente unido a Cristo Redentor, mediante el ofrecimiento de su propia vida al Corazón de Cristo».

Difundir a todos los niveles, a todos los fieles... es una característica propia del A. de la O. que el Papa subraya en su discurso. Efectivamente, es una asociación apta para ello. No está dirigida a personas de unas características determinadas, ni tampoco, es una organización de grupos selectos. Se dirige a todos: personas de cualquier estado y condición, de todas las clases sociales, dedicadas a todo tipo de profesiones y tareas. Su ideal es hacer sentir a todos el llamamiento misericordioso del bondadoso Corazón de Jesús, que invita a su banquete a los ciegos, cojos, etc., y les sana como médico Di-

vino (5). Es evidente que, nuestra época, tiene una necesidad particular de esta invitación, a juzgar por los frutos amargos que produce, en las almas, la civilización actual.

Por eso, el Papa alienta a los miembros del A. de la O. a ser «evangelizadores de Aquel que es rico en misericordia». La tarea es apremiante: mostrar, a nuestros contemporáneos, el cuidado solícito del Buen Pastor que busca la oveja perdida, torna a la descarriada, cura a la herida y sana a la enferma (Ez 34, 16), así como el amor del padre, que sale conmovido y gozoso, al encuentro de su hijo pródigo (Lc 15, 20), porque se ha salvado un bien fundamental: el bien de la humanidad de su hijo (6).

La aceptación por los hombres, de este mensaje de salvación depende de la eficacia misteriosa de la gracia de Dios. Implorar esta misericordia y esta gracia, es la principal finalidad del A. de la O. Lo expresa además, el propio nombre de la asociación. Por eso, el ofrecimiento diario es el principal compromiso de sus miembros, que, como hace notar el Papa, «no consiste sólo en recitar una fórmula, sino que debe brotar del corazón». El ofrecimiento de la propia vida, unido al Sacrificio Eucarístico, tiene sentido de reparación y de cooperación a la salvación de todo el mundo, por medio de una unión vital con Cristo, de la que depende toda la fecundidad del apostolado (7).

Al tratar del apostolado de los laicos, el Concilio enseña que «incumbe a todos los laicos la preclara empresa de colaborar para que el divino designio de salvación alcance más y más a todos los hombres de todos los tiempos y en todas las partes de la tierra» (Lumen gentium, 33). La forma de apostolado, propia del A. de la O., está al alcance de todos los cristianos. Ella no excluye otras formas de apostolado, sino que se complementa con ellas. Para quienes están comprometidos en otras actividades apostólicas, la espiritualidad del A. de la O. puede ser el alma de todo apostolado. Juan Pablo II recuerda, en su discurso, unas palabras de S.S. Pío XII a este respecto.

A quienes no se sienten llamados a otras formas de apostolado, a los agobiados en sus necesidades temporales, a los más rudos, el A. de la O. les brinda el modo de participar en el «espíritu de la Redención», que ha de estar presente en la vida de todo cristiano. Todos pueden ofrecer el trabajo cotidiano, con su valor santificador y apostólico, y en nuestra existencia, marcada por

la cruz, el ofrecimiento de los sufrimientos será la respuesta a la invitación a completar, en nuestra propia carne, lo que falta a las tribulaciones de Cristo.

En las presentes circunstancias del mundo y de la Iglesia, el A. de la O. constituye, por tanto, un medio pastoral, adecuado a todos, en orden a alcanzar los fines del Concilio. Por eso, no resulta extraño que, en la «Lumen gentium», bajo el título «consecratio mundi», el Concilio proponga a la consideración de los laicos, los elementos que constituyen el ofrecimiento diario, propio del A. de la O.:

«Pues todas sus obras, sus oraciones e ini-

ciativas apostólicas, la vida conyugal y familiar, el cotidiano trabajo, el descanso de alma y de cuerpo, si son hechas en el Espíritu, e incluso las mismas pruebas de la vida, si se sobrellevan pacientemente, se convierten en sacrificios espirituales, aceptables a Dios por Jesucristo (I Petr 2, 5), que en la celebración de la Eucaristía se ofrecen piadosísimamente al Padre junto con la oblación del cuerpo del Señor. De este modo, también los laicos, como adoradores que en todo lugar actúan santamente, consagran el mundo mismo a Dios» (Lumen gentium, 34).

Festividad de Pentecostés 1985

#### NOTAS

(1) Karol Wojtyła. «La renovación en sus fuentes», pág. 11. BAC.

(2) Juan Pablo II. Encíclica «Redemptor hominis», II.

(3) Francisco Canals. Semana de Teología y Pastoral. Valladolid 1975.

(4) Padre Ramière. Sermón en Bilbao en 1883. (Reino de Cristo - Enero 1983).

(5) Padre Orlandis. Pensamientos y ocurrencias. (Cristiandad - Marzo 1980).

(6) Juan Pablo II. Encíclica «Dives in misericordia», 6.

(7) Estatutos del Apostolado de la Oración.

---

## SAN JOSE PATRONO DEL CONCILIO VATICANO II

**¡Oh San José! Aquí está tu puesto como «Protector universalis Ecclesiae». Hemos querido ofrecerte a través de las palabras y documentos de nuestros inmediatos Predecesores del siglo pasado, de Pío IX a Pío XII, una corona de honor como eco de las muestras de afectuosa veneración que ya surgen de todas las naciones católicas y de todos los países de misión. Sé siempre nuestro protector. Que tu espíritu interior de paz, de silencio, de trabajo y oración, al servicio de la Santa Iglesia, nos vivifique siempre y alegre en unión con tu Esposa bendita, nuestra dulcísima e Inmaculada Madre, en el solidísimo y suave amor de Jesús, rey glorioso e inmortal de los siglos y de los pueblos. ¡Así sea!**

**Dado en Roma, junto a San Pedro, el 19 de marzo de 1961, tercer año de nuestro Pontificado.**

**Ioannes XXIII PP.**

Palabras finales de la Carta apostólica «Le Voci» en que proclama a San José Patrono del Concilio Vaticano II.

# Lo esencial en el Apostolado de la Oración

Casimiro PUIG, S.I.

Schola Cordis Iesu, bajo la dirección espiritual del P. Ramón Orlandis, desde su fundación, que se proponía cooperar al establecimiento del Reinado Social de Jesucristo, escogió la espiritualidad del Apostolado de la Oración, como medio de vivir su ideal.

El Apostolado de la Oración, conservando intactos los elementos esenciales de su espiritualidad, ha ido adaptando sus Estatutos al desarrollo de la doctrina del Magisterio de la Iglesia.

Juan Pablo II, el día 13 del pasado abril, dirigió un discurso al Congreso Internacional de Secretarios Nacionales, que, a juicio del Director General Delegado del Apostolado de la Oración, puede ser decisivo para la nueva época del Apostolado de la Oración.

Invitado por la dirección de Schola Cordis Iesu a cooperar al conocimiento y difusión del contenido de dicho discurso me ha parecido de interés profundizar en lo que es, sin duda, lo más esencial en la espiritualidad del Apostolado de la Oración: **el ofrecimiento sacrificial al Corazón de Cristo.**

## I. EL OFRECIMIENTO EN EL DISCURSO DE JUAN PABLO II

El Papa en su discurso destaca la suma importancia del **Ofrecimiento**: ocho veces alude a él, expone su contenido y afirma el lugar preeminente del mismo en la espiritualidad del Apostolado de la Oración.

**Por el ofrecimiento** dice: — sigue las huellas del Concilio Vaticano II...; — contribuye a difundir la devoción al Corazón de Jesús...; — contribuye a vitalizar entre los fieles el espíritu de

ofrecimiento, de inmolación de la vida cristiana...; — puede difundir la consoladora afirmación: que todo cristiano puede estar unido a Cristo Redentor...; — formar cristianos moldeados por la vida eucarística...; y a que unidos al Corazón de Jesús participen de su actitud de ofrecimiento y reparación que contiene el Sacrificio Eucarístico...; por el ofrecimiento se puede contribuir a la santificación del trabajo y del sufrimiento...; e impregnar de aire puro las otras asociaciones...

## II. LOS PAPAS Y EL OFRECIMIENTO DEL APOSTOLADO DE LA ORACION

Todos los Papas que han aprobado los Estatutos del Apostolado de la Oración o bien lo han alabado y recomendado, que son todos los que rigieron la Iglesia, desde la aprobación de los primeros Estatutos por Pío IX (1866), reconocen este valor fundamental y esencial del **Ofrecimiento** sacrificial al Corazón de Jesús, porque en los primeros Estatutos aprobados por la Iglesia, no se prescribe sino la práctica del ofrecimiento; y en los demás Estatutos, aunque hayan propuesto algunas prácticas y devociones extraídas del contenido del ofrecimiento, siempre han propuesto el **ofrecimiento** como la práctica esencial y necesaria, las otras prácticas sólo eran recomendadas.

De esta forma han aceptado y se han apropiado el pensamiento del P. E. Ramière expuesto en su famoso libro: «El Apostolado de la Oración. Santa alianza de los corazones cristianos unidos al Corazón de Jesús para obtener el triunfo de la Iglesia y la salvación de las almas».

### III. PIO XII Y EL OFRECIMIENTO AL CORAZON DE JESUS

Hemos escogido detallar el pensamiento de Pío XII, porque es el Papa que, siguiendo las huellas de su predecesor Pío XI, más se extendió comentando la espiritualidad del Apostolado de la Oración.

#### 1. Que las prácticas y devociones que laudablemente promueve el Apostolado de la Oración, no ahoguen lo esencial

En el radio mensaje dirigido al Congreso del Apostolado de la Oración celebrado en Braga (Portugal) en 1957, un año antes de su muerte, decía: «Aprovechamos la oportunidad que se nos ofrece para insistir someramente en un solo punto, aparentemente muy sencillo y elemental, mas es la propia esencia y el secreto de la eficacia inmensa del Apostolado».

«Ha promovido y promueve laudablemente diversas prácticas y solemnes manifestaciones de piedad. Mas **no deben ahogar y descuidar** aquella primera práctica esencial a que nos referimos y que es, bien lo sabéis, **el ofrecimiento** cotidiano de las obras y sufrimientos por las intenciones del divino Corazón y señaladamente por las intenciones designadas por cada mes y por nos bendecidas».

«Tanto más si se enriquece con la participación en el Sacrificio de Cristo por medio de la Comunión mensual y con la participación de María, implorada en el Rosario».

«Práctica elemental... Práctica sencilla... **El ofrecimiento** es acto de culto ofrecido a Dios, es oración y de la mejor, que, consagrando a Dios las primicias del día, lo santifica. Más cuando es vivido... se convierte en culto de Dios, entonces es la oración vital... que el apóstol S. Pablo inculcaba: «Todo cuanto hiciéreis... hacedlo en nombre del Señor Jesús... Entonces la vida de los fieles tenderá a elevarse a un alto nivel de santidad» (Marín. Documentos Pontificios, 997, 998).

#### 2. El ofrecimiento médula y esencia del Apostolado de la Oración

En otras ocasiones Pío XII puso de relieve la importancia fundamental del ofrecimiento sacrificial al Corazón de Jesús.

En el discurso que dirigió al Apostolado de la Oración, en el Congreso Internacional de 1956 resaltaba la importancia del ofrecimiento, aduciendo las palabras de la «Imitación de Cristo»: En la «**Imitación de Cristo**» el Señor habla al alma fiel: «Como yo mismo me ofrecí voluntariamente al Padre por tus pecados, extendidas las manos en la cruz y desnudo, de forma que no hubo nada en mí que no fuese sacrificado para aplacar la justicia divina, así también **debes tú ofrecerte** a mí voluntariamente en oblación pura, santa todos los días en la Misa, con todas tus fuerzas y afectos, lo más íntimamente que puedas. Añadamos a estas palabras por la salvación del mundo; y he ahí la **médula y esencia del Apostolado de la Oración**» (Urrutia. Esp. post Conciliar, 354).

#### 3. En el Centenario del Apostolado de la Oración

También en la carta radiada a todo el mundo, con motivo de celebrarse el Centenario del Apostolado de la Oración, dice que «el fin peculiar que se propone esta Pia Unión es orar asiduamente por las necesidades de la Iglesia, procurar satisfacerlas con todas las fuerzas; y transformar toda la vida propia en un acto de impenetración y reparación, mediante **la ofrenda** diaria a Dios de las oraciones, acciones y sufrimientos (16, jn 1944) Marín, 1c. 789).

### IV. DOCTRINA DEL P. E. RAMIERE SOBRE EL OFRECIMIENTO

Que toda la fuerza espiritual se fundaba en el valor del **ofrecimiento** en tiempo del P. Ramière se deduce de que los Estatutos del tiempo del P. E. Ramière, en el que se admiraba el extraordinario crecimiento del Apostolado de la Oración, no contenían otra práctica que el Ofrecimiento al Corazón de Jesús que se inmola en el altar por nuestra salvación.

La doctrina del P.E. Ramière la podemos conocer a través del libro «El Apostolado de la Oración...»; en el que encontramos varios pasajes que confirman esta doctrina del valor fundamental y esencial del Ofrecimiento.

#### 1. Por la ofrenda imitamos a Jesucristo

En el capítulo en el que se trata de la práctica de los santos y del ejemplo de Nuestro Se-

ñor Jesucristo dice: «Es cierto que los santos hicieron mucha oración, pero el valor nacía de su unión con Cristo. También es cierto que Jesucristo pasó noche en oración, pero durante los años de su vida oculta **ofrecía su vida para la salvación de los hombres**, en cumplimiento de la voluntad del Padre y esto también era oración». Si el Salvador dedicó treinta años al apostolado de la Oración y sólo tres al de la predicación, es porque veía en el primero una eficacia igual y aun mayor que en el segundo para cumplir su divina misión (Igartua, Podemos cambiar el mundo, p. 100).

## 2. Se puede orar siempre por el deseo y la recitividad de intención

En el capítulo en el que se trata de la eficacia de la oración y de sus condiciones, trata de la constancia en la oración y aduce las palabras de Jesucristo: **«Conviene orar siempre»**. Y se pregunta ¿cómo se puede orar siempre? Y para demostrar que se puede orar siempre acude a la doctrina de **Sto. Tomás**, que enseña que la causa de la oración **es el deseo** de la caridad, de donde procede aquélla, y este deseo debe ser continuamente vivo en nosotros. Y **S. Agustín** enseña que por la fe, la esperanza y la caridad, como **por un continuo deseo estamos siempre en oración** (l.c. 113).

## 3. En el ofrecimiento de la vida está todo

En el capítulo prácticas del Apostolado de la Oración, expone en qué consiste el Apostolado de la Oración y dice: «Consiste en unir tan fuertemente y con tanto amor como sea posible, nuestras intenciones con las del Corazón de Jesús: ofrecer en unión con El todas nuestras obras para la gloria divina y la salvación de las almas... Y a fin de contribuir con más eficacia a estos grandes intereses, hacer estas obras cada vez más y más perfectas. En esto consiste todo. Y con esto podríamos dispensarnos de decir nada más, ya que realmente nada podemos añadir.» (l.c. 243).

## 4. El ofrecimiento, fuente de méritos

El Ofrecimiento de las obras del día por las intenciones del Corazón de Jesús bastan para dar a las obras del día el mérito excelente que lleva consigo el ejercicio de la caridad y el celo, con la

sola condición de que no se retracte (L.C. 259). Este mérito será mayor cuanto más y con más fervor se renueve (l.c. 260).

## 5. El Apostolado de la Oración no pide nuevas oraciones, sino el ofrecimiento

En el sermón que el P. Ramière predicó en Bilbao en 1883, hacia el final de su vida, decía: «Nosotros hacer lo mismo que hacía Jesucristo: animar nuestras acciones con la misma intención con que El animaba sus obras. El Apostolado de la Oración no os pide que añadáis otras otras oraciones y nuevas prácticas a las que ya hayáis adoptado.

Lo único que debéis hacer es añadir en las oraciones de la mañana el ofrecimiento de las oraciones, obras y trabajos del día en unión del Corazón de Jesús... Este ofrecimiento que puede hacerse en un instante bastará para poder las preciosas ventajas que hemos dicho, y otras muchas que sería largo referir (l.c. 311).

## V. JUAN PABLO II Y EL OFRECIMIENTO

a) Juan Pablo II en su discurso al Apostolado de la Oración, (13, Ab. 1985) da la preeminencia al **Ofrecimiento**, ya que inmediatamente después de recordar el texto de S. Pablo a Timoteo en el que recomienda la oración por todos los hombres: «eso es bueno y grato a los ojos de Dios», y sobre todo la eficacia de la oración hecha en nombre de Jesús (jn. 18, 23), en común (Mt. 18, 19), junto con la Virgen María (hech. 1.14); se refiere, el Papa, a esta práctica del Apostolado de la Oración diciendo: «al inculcar la espiritualidad del **Ofrecimiento** en unión con la oblación de Cristo en la Santa Misa sigue las huellas de la enseñanza del Concilio, que ha presentado el Sacrificio Eucarístico como fuente, centro y cumbre de toda la vida cristiana».

b) **La vitalidad del espíritu de ofrecimiento, de inmolación de la vida cristiana, promovida por el Apostolado de la Oración.** Después de dedicar unos párrafos a la devoción al Corazón de Jesús tan íntimamente ligada al Apostolado de la de la Oración, dice: «Hay que atribuir al Apostolado de la Oración, en gran parte, la vitalidad del espíritu de ofrecimiento, de inmolación de la vida cristiana, la conciencia de colaborar a la obra de la Redención...».

c) **Unidos a Cristo Redentor por el Ofrecimiento.** A continuación el Papa recuerda cómo, ya al comienzo de su pontificado, invitó a los fieles a adherirse totalmente a Cristo Redentor del hombre y del mundo (Enc. Redemptor hominis), invitación que completó con otros dos documentos (Enc. Dives in Misericordia) y la carta (Salvifici Doloris). A continuación añade: «El Apostolado de la Oración puede aportar una cooperación válida y concreta para difundir, en todos los niveles, la grande y consoladora afirmación que todo cristiano puede estar íntimamente unido a Cristo Redentor, mediante el **Ofrecimiento** de su propia vida al Corazón de Cristo...

Confía que el postolado de la Oración, fiel a su espíritu buscará los caminos más eficaces, según las exigencias del momento actual, para difundir entre todos los fieles esta conciencia de colaborar con Cristo Redentor, mediante el **Ofrecimiento** de la propia vida unida a, y vivida con el Corazón de Cristo **como consagración** a su amor y en reparación de los pecados del mundo, por medio del Corazón Inmaculado de María Santísima».

d) **Formar cristianos moldeados por la Eucaristía.** Entre las cosas que pide el papa al Apostolado de la Oración, señala las siguientes:

— «Debéis esforzaros por **formar cristianos** moldeados por la Eucaristía, que da la fuerza para **comprometerse** generosamente a abrazar todas las dimensiones de la propia vida **con espíritu de servicio** a los hermanos, como el Cuerpo de Cristo ofrecido y su sangre derramada». Con estas palabras nos exhorta a formar cristianos que vivan la Santa Misa, lo que se logra con la práctica del Ofrecimiento, hecho con plena conciencia de su significado. Porque «el fiel se une al Corazón de Jesús al alimentarse de la Eucaristía y participa de su actitud de **ofrecimiento** y reparación».

— Poco antes de terminar vuelve a insistir en la importancia del **Ofrecimiento** en la espiritualidad del Apostolado de la Oración: «La oración que vosotros promovéis no consiste sólo en recitar una fórmula, sino que debe brotar del corazón del fiel en la conciencia de la propia condición de criatura, pero también de hijos adoptivos de Dios...» «Que los que se inscriban a vuestra asociación sean conscientes, al mismo tiempo, del valor santificador **del trabajo cotidiano**, entendido como colaboración a la obra de Dios, Creador y Redentor (Laborem Excercens) y de **sus sufrimientos**, con los cuales están llamados

a completar en su carne lo que falta a los sufrimientos de Cristo (Salvifici doloris).

## VI. ¿POR QUE ESTA ESPIRITUALIDAD SE LLAMA APOSTOLADO DE LA ORACION?

¿Por qué esta espiritualidad, que se fundamenta en la ofrenda o consagración total a Jesucristo por amor, toma el nombre de Apostolado de la Oración? — Porque, tanto el espíritu de apostolado, como el de oración son los efectos inmediatos de esta entrega total por amor a Jesucristo. **El Ofrecimiento** impregna la vida de oración apostólica.

El Apostolado de la Oración puede entenderse **de tres maneras**: — Una que tenga **por fin el apostolado**: se hace oración con fines apostólicos. — Otra que tenga **por fin la oración**: se predica, se escribe, se tienen cursillos sobre la oración. — Pero hay **una tercera manera** de entender el Apostolado de la Oración, que consiste en **integrar** el espíritu de oración y apostolado **en la vida**: el ofrecimiento, dirán los Papas, convierte la vida en oración.

Estas tres maneras de entender el apostolado de la oración interesan, y practica el Apostolado de la Oración. Pero **lo característico** del Apostolado de la Oración es **la integración** de este doble espíritu en la vida, por medio del **ofrecimiento**, como han reconocido los Papas al aprobar los Estatutos.

## VII. ¿POR QUE EL CORAZON DE JESUS EN EL OFRECIMIENTO?

a) **No basta orar mucho para sintonizar con el A.O.** Es evidente que se puede hacer apostolado de la oración sin invocar el Corazón de Jesús. De aquí que muchos al hablar del Apostolado de la Oración se crean que, con hacer más oración que la habitual, ya forman parte espiritualmente de esa asociación. Esta forma de orar no es la característica del Apostolado de la Oración, como hemos dicho; sino que el Apostolado de la Oración promueve el **ofrecimiento al Corazón de Jesús**, es decir la entrega total a Cristo que renueva el Sacrificio del Calvario de un modo incruento, por amor. Teniendo en cuenta que este **ofrecimiento** sacrificial unido al de Cristo **es lo primero y esencial** en el Apostolado de la Oración, entonces se comprende que no tiene sentido sin un amor muy grande a Jesucristo.

b) **En los documentos conciliares el amor del Corazón de Jesús está implícito.** Aunque el Concilio y algún otro documento pontificio habla del ofrecimiento unido al de Cristo que se inmola en el altar, como fuente de vida cristiana y cima de santidad y no menciona el amor a Jesucristo, es evidente que lo supone, como hemos dicho: **este amor a Cristo está implícito.**

Ahora bien este amor a Jesucristo, fundándose en la tradición y la teología, la Iglesia nos lo presenta **simbolizado en el Corazón.** Por esto hay que agradecer al Apostolado de la Oración **que haya explicado este amor:** expresando esta ofrenda sacrificial unida al Corazón de Jesús. El olvido, de que toda la fuerza del Apostolado de la Oración está en el Ofrecimiento al Corazón de Jesús, hace que no se vea la íntima unión e inseparabilidad del Apostolado de la Oración y el Corazón de Jesús.

c) **Apostolado de Corazón de Jesús o Apostolado de la Oración.** Porque el Apostolado de la Oración se funda en el **Ofrecimiento** se explica que el P. E. Ramière dijera que era lo mismo decir: Apostolado de la Oración que Apostolado del Corazón de Jesús. Y que no había más diferencia entre ambos apostolados que el que hay entre el fuego y el calor. Y que Pío XII dijera que era **como el alma** la devoción al Corazón, del Apostolado de la Oración, y por lo tanto inseparables. Y aun añadiría que por el ofrecimiento el Apostolado de la Oración era forma perfecta de devoción al Corazón de Jesús; ya que si bien lo consideramos **el Ofrecimiento** es una **perfecta consagración** al Corazón de Jesús».

d) **Unir la vida al Corazón de Cristo por el ofrecimiento.** Juan Pablo II en su discurso reco-

ge este pensamiento. No sólo reconoce esta íntima unión del Apostolado de la Oración y de la devoción al Corazón de Jesús, sino que la alaba por haber seguido las enseñanzas y exhortaciones de sus predecesores: León XIII, Pío XI, Pío XII, y Pablo VI. Y ahora exhorta a que el Apostolado de la Oración **difunda el ofrecimiento** de la propia vida unida al Corazón de Cristo y vivida **con Cristo, como consagración total** a su amor y en reparación de los pecados del mundo, por medio del Corazón Inmaculado de María Santísima».

**Conclusión.** — Siendo tan sencilla la espiritualidad del Apostolado de la Oración centrada en el ofrecimiento parece que sobran **reuniones de formación**, cursos de formación espiritual apostólica, litúrgica, bíblica, meditaciones, ejercicios, etc. Sería un error pensar así.

Si queremos que nuestro ofrecimiento no sea una pura fórmula, sino que nazca del corazón, y sea cada día más perfecta, es necesario profundizar en la voluntad de Dios y crecer en el amor a Jesucristo. Y esto se alcanza con la formación espiritual.

Además la entrega al amor de Jesucristo pide que **amemos lo que Cristo ama:** la Virgen Santísima, la Iglesia, la oración, etc. Conocer la doctrina de la Iglesia y sus necesidades, así como la de nuestros hermanos e interesarse por remediarlas exige reflexión, conocimiento, formación.

El Papa Juan Pablo II nos exhorta, en el discurso que comentamos, a insistir con interés siempre creciente, en **la formación** continua, espiritual, doctrinal, catequética de los miembros del Apostolado de la Oración como recomiendan nuestros Estatutos (III, 1).

**Por lo mismo que ofrece «una forma perfectísima de vida cristiana», el Apostolado de la Oración contiene también un resumen y como regla compendiaría del cuidado pastoral, que puede servir con mucha utilidad a los sagrados Pastores entre la gran variedad de obras apostólicas.**

Carta de Pío XII al Director General del Apostolado de la Oración aprobando sus Estatutos. 28 de octubre de 1951.

# El Apostolado de los Sagrados Corazones de Jesús, María y José

Enrique RAMIERE, S.J.

## I. El Apostolado del Sdo. Corazón de Jesús

**La vida oculta del Señor, ejemplo de fecundidad apostólica**

Nuestro Señor no empezó a ejercer el apostolado de la palabra hasta la edad de treinta años; pero mucho antes había procurado nuestra salvación por el apostolado del ejemplo: «empezó Jesús a hacer y enseñar», nos dice el sagrado texto (Hch 1, 1). Naciendo en Belén, desde su cuna predicaba más elocuentemente con su pobreza y sus lágrimas que los predicadores con sus mejores discursos.

¿Y acaso no fue éste el principio de su apostolado? ¿No había eficazmente en nuestra salvación? Sí, por cierto: empezó su apostolado en el seno de su Madre santísima; y allí trabajó tan fructuosamente, que antes de nacer hubiera podido volverse al cielo sin que nada faltase al mérito infinito de nuestra redención. ¿Y por qué medio habría alcanzado tan poderosamente su fin? Sus labios estaban cerrados, su cuerpo estaba sin movimiento, no podía hacer ninguna acción visible. Pero su Corazón tenía ya toda su inmensa actividad, y la usaba orando por nuestra salvación, ofreciéndose como víctima a la Justicia de su Padre, adorando su divina majestad, dándole gracias por sus beneficios, expiando nuestros pecados, implorando las gracias que necesitamos, ejerciendo perfectamente todos los actos del «apostolado de la oración».

**La oración, primer apostolado del Corazón de Cristo**

Véis, amadísimos hermanos, con cuánta verdad he podido decir que aquel apostolado es el apostolado propio del Corazón de Jesús. Y ahora puedo añadir: entre todos los apostolados, a éste pertenece el primer puesto, bajo más de un concepto.

Fue **el primero en cuanto al tiempo**. Pues, como hemos demostrado, precedió a todos los otros, cumpliendo la divina misión del Hijo de Dios antes que interviniesen los otros apostolados. Ya por él solo, la divina majestad fue dignamente adorada; ya por él habían sido dadas a la divina bondad gracias iguales a sus beneficios; ya nuestros pecados estaban expiados y nuestras almas redimidas, antes que los otros apostolados hubiesen contribuido a alcanzar estos fines de la encarnación del Hijo de Dios.

**La oración, apostolado nunca interrumpido**

Fue **el más continuo** de los apostolados del Hijo de Dios. Aun después de haber empezado su predicación no podía ejercer continuamente este ministerio. Es verdad que no se contentaba con predicar en las sinagogas y en las ciudades; pues cada vez que se veía rodeado de gente dispuesta a oírle, en los caminos, en los mismos desiertos, no se cansaba de anunciar los misterios del Reino de Dios.

Pero por incansable que fuese su celo, al menos de noche interrumpía su predicación. Pasaba las noches en oración (Lc 6, 12); y al mismo tiempo que su boca hablaba de Dios a los hombres, su Corazón hablaba

de los hombres a Dios e intercedía por su salvación. De modo que desde el primer momento de la existencia de este divino Corazón hasta el momento presente, su «apostolado de la oración» no ha sido interrumpido ni un solo instante.

Este apostolado, en efecto, no duró solamente como los otros, todo el tiempo de la vida mortal del Salvador; como había sido el primero y el más continuo, fue también **el de mayor duración**.

Llegó un tiempo en que el Hijo de Dios no pudo ya hacerse oír de los hombres, ni trabajar visiblemente por su salvación, porque su eterno Padre le llamaba para gozar en el cielo de la gloria que había conquistado con sus trabajos; y entonces dejó sus otros apostolados en las manos de sus ministros. Continúa siempre instruyéndonos e iluminando nuestra mente, pero lo hace por medio de los predicadores. El es quien da la gracia contenida en los Sacramentos, pero la da por mano de los sacerdotes; El es quien gobierna la Iglesia, pero la gobierna por la autoridad de su Vicario y de los otros Prelados.

Un solo apostolado se ha reservado; y aunque nos llama a ejercicio con El, quiere ejercerle por sí mismo, y lo ejercerá hasta el fin de los siglos: el apostolado de la oración; «vive siempre para interceder por nosotros» (Heb 7, 25).

Esta es su ocupación presente, su función nunca interrumpida, éste es su estado actual. Si queremos hablarle donde El mismo está, ver lo que hace, unirnos actualmente con El, allí le debemos buscar, debemos considerar su incesante súplica.

Este misterio es el que ha sucedido a todos los misterios de su vida, pasión y muerte; el que los cumple todos y nos transmite el fruto de todos; y cuando los otros han durado un tiempo relativamente breve, éste durará hasta el fin de los siglos.

Lo que he dicho hasta aquí bastaría para probar no solamente que el Apostolado de la Oración es el apostolado propio del Corazón de Jesús, sino que debe ser también el apostolado de todos los verdaderos amigos de este amabilísimo Corazón (1).

## 2. El Apostolado del Corazón de María

Devoción análoga, y en alguna manera paralela a la del Corazón de Jesús agonizante, es la que tiene por objeto el **Corazón compasivo de María y sus dolores**. Nada diremos respecto a la devoción a la Santísima Virgen en general, ya que todos los que han leído con alguna atención este libro, deben estar convencidos de que el Apostolado de la Oración es el Apostolado de esta divina Virgen. Por él ha merecido Ella el título de Reina de los Apóstoles y ha trabajado en la salvación del mundo más eficazmente que todos estos juntos. Empezando desde el instante de su Inmaculada Concepción, ha ocupado este Apostolado todos los años de su juventud. El es el que ha hecho descender al Verbo de Dios sobre la tierra. Mas ¡qué nuevos ardores no ha adquirido desde el momento en que el Corazón de Jesús vino a hacer su morada en su seno sacratísimo! ¡Con cuánta más eficacia no debió concentrar sobre la salvación del mundo todos los pensamientos de su espíritu, todos los sentimientos de su alma y las palpitaciones todas de su corazón! ¡A qué

(1) Fragmentos del Sermón del P. Ramière en la iglesia de los Santos Juanes, de Bilbao, en 1883.

**Por el apostolado de la oración nos unimos a la intercesión permanente de la oración de Cristo**

**La oración del Corazón de María más eficaz que el trabajo de los Apóstoles**

**No es posible amar a María sin sentir el celo del Corazón de su Hijo por las almas**

**Los dolores de María, principio y fecundidad de su apostolado**

etuvo consagrada su vida desde aquel instante, mas que a rogar por los hombres, a sufrir y a inmolarse por ellos!

Nada hay, pues, más evidente; es imposible que amemos a María sin amar con Ella las almas, cuyo amor se confunde en su Corazón con el de su divino Hijo; ni hacernos semejantes a Ella sin participar de su celo; y de cuantas prácticas pudiéramos adoptar para agradarle, la que sin disputa le será más agradable, será la imitación de su Apostolado.

Donde, empero, sobre todo, debemos buscar el principio y la fecundidad de ese Apostolado, al cual debemos nuestra salvación, es en la amargura de sus dolores. Sabemos, en efecto, que Ella no ha podido cooperar con Jesucristo a nuestra redención sino recibiendo, como de rechazo, en su alma todas las heridas que han desgarrado el Cuerpo de su divino Hijo. Esta pasión interior que ha sufrido en el Calvario, ha sido para Ella como un parto doloroso por medio del cual ha dado a nuestras almas la vida, dando a la muerte al que debía ser nuestro rescate. **Parirás con dolor**, fue dicho a nuestra primera madre. Esta sentencia no ha alcanzado a María en el nacimiento de su Hijo unigénito, del nuevo Adán; mas en cuanto a sus hijos pecadores, sufrió, por el contrario, en su parto los dolores de todas las madres juntas. ¿Y cómo no serían el principal apoyo de nuestra confianza esos benditos dolores, que son el principio de nuestras alegrías? «No olvides los gemidos de tu madre, porque sin ellos no hubieras nacido» (Ecles., 7, 29-30), nos dice el Sabio. Este precepto no nos será difícil de cumplir. Pero si no podemos olvidar los dolores de María, tenemos la certeza de que Ella, por su parte, tampoco los olvida. Cuando nosotros se lo recordamos, cuando ponemos delante de sus ojos aquella hora cruel, en que sus maternales entrañas, divididas entre el interés de su Hijo inocente y el de los hombres culpables, sacrificaban la vida de Aquel a la salvación de éstos; cuando le suplicamos que emplee todo su poder de intercesión a fin de que este inmenso sacrificio produzca sus frutos; cuando le rogamus por los pobres pecadores en nombre de la sangre de Jesucristo, que manó sobre su cabeza durante aquella horrible agonía, y en nombre de las lágrimas que mezcló con tanta abundancia a aquella sangre divina, no podemos dudar que esas oraciones moverán la fibra más sensible de su Corazón, y le arrancarán milagros de misericordia, que no hubiera acaso concedido a otra clase de instancias.

Si la intercesión de María es el medio infalible de alcanzarlo todo de Jesús, la devoción a los dolores de esta Divina Madre es el medio más eficaz de lograr esta omnipotente intercesión.

Hay, sobre todo, una gracia que debemos siempre pedirle en consideración a esos amargos dolores, y es que realice por fin completamente la principal súplica que dirigía a Dios Padre al ofrecerle el sacrificio de su divino Hijo; a saber: que le suscite ministros dignos de El, imágenes vivas de sus virtudes, y órganos fieles de su amor; hombres poderosos en obras y en palabras, hombres, en fin, que sean para la Iglesia de los últimos tiempos lo que fueron para la primitiva los primeros Apóstoles, y para la sociedad cristiana de las siguientes edades, los apóstoles nuevos, cuya milagrosa influencia la ha hecho salir victoriosa de todas sus grandes crisis.

**Omnipotente intercesión de María**

A menos que la Providencia cambie sus caminos, podemos estar seguros de que, por alguna influencia semejante, han de ser apartados los peligros de que se halla amenazada la Iglesia en este momento. Podemos estar igualmente ciertos de que la aparición de esos nuevos

**Que María suscite apóstoles que salven a la Iglesia en la presente crisis**

salvadores, se deberá a las súplicas de María, y será fruto de sus dolores. Apresuremos, pues, por medio de ese fervoroso recurso a sus omnipotentes oraciones, y por medio de una tierna devoción a sus dolores benditos, la aparición de esos astros consoladores destinados a disipar las tempestades, cuya ocurrencia aflige en estos momentos nuestros ojos.

### **3. El Apostolado de San José**

Sin alejarnos de Jesús y María, y sin salir de esa casa de Nazaret, primer teatro del Apostolado de la Oración, hallaremos otro modelo perfecto y poderoso protector de este Apostolado en **San José**.

Más aún, que su augusta Esposa, este santo patriarca se vio despojado de todos los medios exteriores que hubieran podido ponerle en estado de trabajar en la gloria de su divino Hijo. Dejó este mundo antes que el Salvador hubiese empezado su vida pública; no pudo asociarse de ninguna manera a sus predicaciones, ni asistir a su sacrificio, ni comunicar con sus Apóstoles, ni formar entre sus primeros discípulos. Todo su papel para con Jesucristo se redujo a servirle de abrigo en los anonadamientos de su infancia, y a dirigir los oscuros trabajos de su vida oculta. Todas sus obras han sido materiales, las más apartadas por su naturaleza del fin espiritual de la misión del Verbo encarnado.

Y, sin embargo, ¿quién se atrevería a decir que San José ha sido extraño a esa divina misión? ¿No es la Iglesia cristiana la que, sirviéndose de las palabras de San Bernardo, le proclama **fiel coadjutor del gran consejo** o lo que es lo mismo, cooperador con Jesús y María en la grande obra de la salvación del mundo? Por lo demás no hay, respecto de este asunto, la menor duda entre los fieles. El poder de San José, que ha permanecido largo tiempo como velado en la Iglesia, se ha manifestado en estos últimos siglos con un brillo incomparable. Revelada a los Santos, saludada con entusiasmo por los fieles, esta devoción se presenta a nuestros ojos como una de las pruebas más dulces del constante interés que toma nuestro Salvador por su Iglesia, y de la solicitud con que prepara nuevos remedios a sus males siempre renacientes.

Mas la devoción a San José no sólo es un consuelo para nuestra piedad, sino que además es un estímulo para nuestro celo. Si fue Apóstol acepillando tablas, ¿quién podrá creerse excluido del Apostolado? Si por la virtud de la intención con que animaba unas obras tan humildes en sí mismas, de que se compuso toda su vida, ha contribuido a la salvación de las almas, tanto y más que los más elocuentes misioneros y los más admirables taumaturgos, ¿quién tendrá derecho a oponernos la naturaleza de sus ocupaciones, o la exigencia de su pobreza como una excusa que le dispensa de emplearse en esta obra? La misión de los Santos consiste en reflejar los diversos aspectos de la vida de nuestro Señor, a fin de hacer accesible a nuestra imitación este divino modelo de toda santidad. San José ha sido destinado a reproducir esa vida oculta, a la cual quiso consagrar el Verbo encarnado las nueve décimas partes de su existencia terrestre; es el eco infinitamente elocuente de esa gran lección, que hemos ya meditado, y por medio de la cual nos hace nuestro Divino Maestro comprender que el mérito de nuestras obras no depende en manera alguna de su valor intrínseco, y sí sólo del espíritu con el cual las realizamos.

**Vida silenciosa y oculta de San José en Nazaret**

**Providencial presencia actual de San José Protector de la Iglesia**

**El ejemplo de San José para la llamada universal al apostolado y para consuelo de los humildes**

Si, pues, queremos comprender el poder del Apostolado de la Oración, si deseamos explotar sus recursos y recoger todos sus méritos, ¿qué otra cosa mejor podemos hacer que aprender en la escuela de San José y asegurarnos de su cooperación? Esta cooperación nos la concederá él de buena gana y, con tal que queramos ser, respecto de él, fieles discípulos, no se negará a admitirnos a esa grande escuela de Nazaret, en la que se aprende el arte de hacer divinamente las cosas más pequeñas, y a llevar oscuramente a cabo la más gloriosa de todas las obras (2).

---

(2) «El Apostolado de la Oración». Parte 3.ª, cap. VI y VII.

---

A todos aquellos, pues, que por cualquier causa yacen en la tristeza y en la congoja, con ánimo paterno les exhortamos a que, confiados, levanten sus ojos al Cielo y ofrezcan sus aflicciones a Aquel que un día les ha de recompensar con abundante galardón. Recuerden todos que su dolor no es inútil, sino que para ellos mismos y para la Iglesia ha de ser de gran provecho, si animados con esta intención lo toleran pacientemente. A la más perfecta realización de este designio contribuye en gran manera la cotidiana oblación de sí mismos a Dios, que suelen hacer los miembros de la piadosa asociación llamada **Apostolado de la Oración**; asociación que, como gratísima a Dios, deseamos de corazón recomendar aquí con el mayor encarecimiento.

# Sentido Montfortiano de la espiritualidad Mariana del apostolado de la oración

*El P. Nazario Pérez, S.I., gran apóstol de la espiritualidad mariana, según San Luis María Grignon de Montfort, mostró, en Loyola en una reunión de Directores del A. de la O. el año 1917 «que la devoción a la Santísima Virgen recomendada a los socios del Apostolado no es otra que la perfecta consagración propagada por el Santo Montfort».*

*El artículo reproducido a continuación, debido al P. José Caballero, S.I. que fue apóstol fecundo de la devoción al Corazón de Jesús y colaborador de nuestra revista —en la que apareció en su número de 1 de diciembre de 1954— presenta como «consagración mariana modelo» la que realizó el P. Enrique Ramière, y en la que se expresa su actitud espiritual, en la línea de la esclavitud de amor según la doctrina de San Luis María Grignon de Montfort.*

En vísperas de la fecha centenaria, cuyo recuerdo ha conmovido piadosamente a todo el mundo, cuando todavía parecen resonar los ecos entusiastas de la Consagración de España al Corazón maternal de la Señora, mezclados con las aclamaciones jubilosas a la Reina del Universo, queremos ofrecer a los lectores de «**Cristiandad**» una de las más hermosas plegarias a la Virgen, compuesta hace justamente un siglo, por el gran paladín del Reinado de Cristo, inspirador del programa de esta misma revista, P. Enrique Ramière.

Cuando aparezca, por fin, la versión española del libro-homenaje de aquel gran apóstol, podrán gustar mejor nuestros lectores su espiritualidad cristo-céntrica, tradicional y robusta. Nos contentamos hoy con recordar el matiz mariano más castizo, como puede admirarse en las almas más encendidas en amor a Jesucristo (1).

Recuérdese que el P. Ramière había sido uno de los oyentes de aquella plática del P. Gautrelet, el 3 de diciembre de 1844, de donde nació el «Apostolado de la Oración», y que, terminados

sus estudios de jesuita, dedicaba en 1854 un año entero («tercera probación» o segundo noviciado) a la vida interior o «escuela del corazón», prescrita por San Ignacio. Como introducción y parte primordial de este año, se entregó a la gran tarea del Mes de Ejercicios, tal como los propone San Ignacio, verdadera forja de caracteres apostólicos, al rojo vivo del amor a Jesucristo como

---

(1) «**Le Père Henri Ramière**», Toulouse, «Apostolat de la Prière», 1934 (2.ª edic.). Colección de artículos biográficos por los PP. Parra, Galtier, Romeyer y Dudon.

En la misma editorial había publicado el P. Parra una breve semblanza, reproducida como introducción de la última edición de la principal obra del P. Ramière, «Apostolat de la Prière». Además de esta obra, varias veces reeditada en la editorial de «El Mensajero», de Bilbao, y parcialmente en la Argentina bajo otro título, tenemos en nuestra lengua «Alianza de Amor», «El Sdo. Corazón de Jesús y la divinización del cristianismo», «El Apostolado de la Oración, Apostolado del Sdo. Corazón de Jesús», editados también en Bilbao, y dos libros de «Meditaciones sobre el Sdo. Corazón», uno del «Apostolado de la Prensa» y otro, más reciente, de la Librería Religiosa de Barcelona.

Jefe. Día tras día va el futuro apóstol del Corazón de Jesús trasladando al papel los rasgos del Maestro, que luego ha de trasladar al bloque de su vida. Como síntesis de este programa, encarada en forma de plegaria a la Virgen, pronunció el Padre su Consagración en la mañana misma de aquel 8 de diciembre, en que Pío IX (que luego lo había de honrar con una confianza excepcional), proclamaba como dogma la Concepción Inmaculada de la Señora. Hacía diez años de aquella plática sobre el «Apostolado». Su Consagración, al final del Mes de Ejercicios, recuerda la del Bto. P. La Colombière, también al fin de los suyos. ¡Era la última preparación providencial para la misión reservada de apóstoles del Corazón de Jesucristo, con la diferencia de que el P. Ramière había de poder prolongar su tarea durante casi medio siglo, con una resonancia mundial insospechada por el primero!

Aquella primera fórmula del año 54 no podía ser expresión de un mero fervor que pasa: para el P. Ramière es el programa de una tarea de reforma y transformación que ha de realizar y controlar seriamente, sobre todo en los remansos de sus Retiros y Ejercicios anuales. Todavía podemos admirar, en su letra firme y clara, la minuciosidad de este control, inconcebible en la plena actividad de aquel hombre verdaderamente multifacético.

En los últimos años de su vida (34 después de aquel 8 de diciembre), tal vez por falta de espacio para seguir anotando la renovación de su acto inicial, o para expresar en fórmula definitiva lo que era el ideal de su vida, la rehizo del todo, en un latín consiso y elegante, cuajada de alusiones y reminiscencias, sobre todo paulinas, que revelan al gran teólogo, precursor ge-

nial de la piedad de hoy, divulgador incansable de la divinización del cristiano en el Cristo místico (2).

Sería fácil verificar todas las citas y alusiones condensadas en cada frase, sobre todo de S. Pablo, S. Agustín y S. Bernardo. La fórmula final del penúltimo párrafo, del más puro sabor monfortiano, pudiera parecer un atisbo de lo que hoy es patrimonio público, pero entonces era tesoro casi oculto, y no de todos bien recibido (3). María, fuente rebosante de gracia, canal o acueducto; Medianera universal; Madre del «Cristo total», que nos adopta y engendra al pie de la Cruz y nos da la luz y forma a imagen de su Hijo; Dispensadora de todos sus dones; «Molde de Cristo» para nosotros (es la imagen atrevida de S. Luis Griñón de Montfort): ¡toda una Mariología compendiada, que podría suscribir el teólogo más profundo y piadoso de nuestros días!

Y todo este desahogo de piedad mariana no para aquí; sino que, según el plan providencial desemboca en el fin completo de la Encarnación. Más aún, lo que en retorno suplica al hacer su donación a la Virgen es que Ella lo haga verdadero soldado de su Hijo, imitador de su heroísmo hasta la Cruz; que es precisamente lo que prepara este acto en los Ejercicios de 1854 y como el punto de vista de toda la espiritualidad del P. Ramière hasta su muerte. Cuando más adelante quiera resumir esta entrega al Corazón de Jesús, por medio de su Madre, le bastará iniciar la fórmula aprendida, en castellano, de los mismos Ejercicios ignacianos: «¡Tomad, Señor, y recibid!». Ya estaba dicho todo.

Gustemos ya el sentido de la misma fórmula, en castellano, al lado del original latino, para los que lo lean:

(2) Cuando el P. Ramière volvió a Vals, en 1855, once años después de haber asistido allí mismo al nacimiento del «Apostolado», sufría una profunda crisis después de su primer desarrollo extraordinario. Su fundador, P. Gautret, acababa de ausentarse, y como inspirador del Señor no dudó en confiar su obra a su antiguo discípulo, para «fundamentar y organizar mejor el Apostolado». La tarea fue como de nuevo fundador. Así aparece su libro en 1861, iniciador de un movimiento renovador insospechado, y poco después se inicia «Le Messager du Sacré Coeur de Jesús», como órgano propulsor de toda su obra. Los grandes fundamentos dogmáticos de la teología cristocéntrica van apareciendo cada mes en la revista, al mismo tiempo que se acentúa cada vez más la iden-

tificación con el culto al Corazón de Cristo. La traducción sistemática de muchos de aquellos artículos, debida al P. Marín, con el título de «El Sdo. Corazón y la divinización del Cristiano», es una de esas obras que jamás se recomiendan con exceso. Es superior, con mucho, a multitud de obras modernas de vulgarización superficial del mismo tema.

(3) Merece subrayarse el hecho de que los grandes apóstoles del Corazón de Jesús parecen modelados al calor de una piedad intensamente mariana, más aún, con el rasgo tan monfortiano de «esclavitud» de la Señora. Recuérdense, como ejemplo, S. Juan Eudes, el V. P. Hoyos y sus amigos, los modernos apóstoles de España P. Tarín y P. Rubio.

«¡Santa María, la llena de gracia, de cuya plenitud desbordante todos recibimos! ¡Madre de Cristo total, es decir, de Aquel que es nuestra cabeza y de cada uno de sus miembros; Medianera universal para el único y sumo Mediador, por la cual Dios vino a los hombres y éstos pueden acercarse a Dios!

Suplícóos humildemente que os dignéis admitirme como siervo voluntario, ya que Cristo al morir me encomendó a Vos como hijo. Por mi parte me entrego a Vos con todas mis cosas, para merecer como San Juan recibiros como Madre.

A Vos, pues, corresponde, oh Señora mía, disponer de mí como de cosa vuestra, y facilitarme las armas de la justicia y virtud de Dios para luchar como soldado de vuestro Hijo, dispensando en mi vida la prosperidad o el fracaso; la honra o la ignominia, según vuestro gusto y el de vuestro Hijo. Lo único que yo anhelo es serviros, fielmente, procurando hacer todas mis cosas en Vos, por Vos, en Vos y para Vos.

Y a fin de ser en realidad vuestro fiel siervo, yo, pobrecito a quien mi madre engendró manchado en culpas, mostraos como verdadera Madre mía, engendrándome de nuevo, hasta que, mortificado el hombre viejo, viva en mí tan sólo Aquel que Vos engendrásteis para ser nuestra Vida. ¡Así sea!» (4).

Una vez más, ante este nuevo rasgo de aquel hombre extraordinario, sentimos la más sincera admiración, mezclada de pena por verlo ignorado o poco menos (5), aún dentro de las filas del «Apostolado». ¡Ojalá que, siquiera en estos años que faltan para el centenario de su libro y del «Mensajero», nos preparemos con un estudio más a fondo de sus lecciones! ¡Se impone, por decoro, una reedición digna de sus escritos, no menos que la vulgarización modernizada de los mis-

mos al alcance de todos los socios del «Apostolado» de habla española! No haríamos sino empezar a cumplir una de las conclusiones del Congreso de Directores en Barcelona, con motivo del Centenario, reiterada en otras reuniones y asambleas diocesanas (6).

**José CABALLERO, S. J.**

(Director del Secretariado del Apostolado de la Oración de Madrid)

(4) Fórmula original en latín:

«Sancta Maria, gratia plena, de cuius plenitudine omnes accipere debemus; Mater totius Christi, — Capitis scilicet nostri et omnium membrorum Ejus —; Mediatrix necessaria ad summum Mediatorem, per quam Deus ad homines venit et per quam solam homines ad Deum possunt accedere! Te obsecro, ut me, quem Christus moriens tibi dedit in fiiium, in servum voluntarium admittere digneris; meque totum et omnia mea tibi trado, ut te vicissim in mea accipere merear.

Tuum igitru erit, o Domina mea, de mie ut de re tua disponere; arma justitiae virtutis Dei mihi suppeditare, et prospera aut adversa, gloriam aut ignobilitatem, pro tuo et Ejus beneplacito dispensare. Ego vero id unice curabo, ut tibi fideliter serviam, omnia opera mea tecum, per te, in te et pro te peragendo.

Ut vero fidelis tuus servus esse possim, quem in peccatis concepit mater mea, monstra te veram meam esse Matrem, me iterum parturiendo, donce perfecte formetur in me Christus, et veteri homine mortificato, Ille solus in me vivat quem paperisti ut eset Vita nostra. Amen!».

(5) Es un hecho innegable, por muy extraño y triste que parezca que precisamente allí donde nació el «Apostolado» y se desarrolló la actividad del P. Ramière, apenas hay quien se atreva a invocarlo, en esta crisis, como si fuera peligroso su programa para el mismo «Apostolado» y la causa católica. ¡Su «testimonio» (y valga la palabra mágica del ambiente francés de hoy día) es demasiado neto, optimista, combativo!... ¿Cómo explicar, sino que no hayan podido aaprecer en su original aquellas obras suyas tan polémicas sobre la Realeza de Cristo y de su Iglesia? La primera, con el título de «La Realeza social de Jesucristo», fue editada hace unos años por esta misma revista, y esperamos la aparición de la otra, «Las Esperanzas de la Iglesia».

(6) Justo es reconocer, como uno de los títulos de honor de «Cristiandad», la valentía y tesón con que, desde el primer número, ha ido revalorizando las grandes ideas del P. Ramière. En los mismos días del Congreso de Directores del «Apostolado» en Barcelona, como luego después en Roma, realizó una verdadera siembra de sus obras, paralela a la que realiza casi en todos los números de la revista. ¡La «vuelta al P. Ramière» que brotaba entonces de todos los labios, tiene ya entre nosotros algo más de realidad que una mera conclusión adoptada!

# ¿SANTA TERESITA DEL NIÑO JESUS

## Doctor de la Iglesia y Patrona del Apostolado de la Oración?

*El artículo que sigue se publicó en esta Revista en enero de 1971 (n.º 479). El que fue durante tantos años nuestro asiduo colaborador expresó convicciones que están en el núcleo del espíritu y doctrina del P. Ramón Orlandis, S.I., y que han orientado siempre nuestras tareas.*

La Santa Iglesia de Cristo, que se honra y se goza de tener por Madre a la «Bendita entre todas las mujeres», ha contemplado con maternal satisfacción el hecho admirable de que, a través de los siglos, el Espíritu Santo ha infundido con singular abundancia sus dones de sabiduría, de entendimiento y de ciencia, no solamente en las almas de santos hijos suyos, varones eminentes, inspirándoles que derramasen profusamente la celestial doctrina de que El les llenaba, sobre los campos del Padre de familias, para que a manera de benéfica lluvia los fertilizasen e hiciesen fecundos en frutos de vida y santidad cristiana; sino que esto mismo ha hecho el Espíritu Santo en almas de santas hijas de la Iglesia, mujeres privilegiadas, para que también ellas, instruidas y llenas, por la acción vivificante del mismo Divino Espíritu, de la sabiduría cristiana, que es la del Evangelio, la enseñasen a todos los fieles de Cristo, con el peculiar encanto de su humilde sencillez y de su delicadeza femenina.

Y grande ha sido el entusiasta regocijo de todos los buenos hijos de la Iglesia al ver que, en nuestros tiempos, ha proclamado Ella a dos de sus hijas predilectas, Santa Teresa de Jesús y Santa Catalina de Siena, como Doctores de toda la Iglesia, enalteciendo así los incomparables méritos de las enseñanzas de vida santa según el Evangelio, que nos han dejado en sus inmortales escritos.

Con este hecho providencial ha quedado abierta, como quien dice, la puerta del Doctorado de la Iglesia para otras mujeres excelsas, hijas santas de la Iglesia, que tengan parecidos méritos, de haber sido llenas de celestial doctrina, tan seguras y tan provechosas, que las hagan acreedoras a ser proclamadas por el Vicario de

Cristo como Maestras y Doctores de todos los fieles de la Iglesia.

Pensando atentamente en todo esto, se ha animado «Cristiandad» a cooperar a la iniciativa de proponer que se preparen los caminos para que otra gran hija de la Iglesia, Santa Teresa del Niño Jesús, obtenga el mismo título que su insigne Madre, Santa Teresa de Avila.

Con ello cree firmemente «Cristiandad» que sigue con toda fidelidad su lema y consigna de promover el Reino de Cristo, por la devoción a los Sagrados Corazones de Jesús y María.

Ni podemos olvidar los que colaboramos en la Revista, y tuvimos la dicha de vivir en íntimo trato con el que fue su Fundador, y por varios años su certero guía y luminoso inspirador, el venerado y amadísimo P. Ramón Orlandis, S. I., que su devoción entrañable a Santa Teresa de Lisieux, y el profundo estudio de su vida y escritos, fue una de las características más señaladas de su espiritualidad y de su acción apostólica.

Sí; era de ver, y se mostraba como cosa notabilísima, que aquel eminente filósofo y teólogo; que dominaba a la perfección las lenguas latina, griega y hebrea; versadísimo en la Teología de la Historia; acudía continuamente a buscar inspiración, luz y acierto en los escritos de la «Petite Therese».

El articulista que ha sido invitado para ser como el portavoz, en «Cristiandad», de esta idea e iniciativa, tiene muy presente, y lo consigna con emocionado recuerdo, que muchas veces, al entrar en la habitación del Padre Orlandis, como lo hizo por varios años muy asiduamente, le sorprendía arrobado en extática contemplación, a la vez intelectual y sensible, como quien veía cerca de sí a Santa Teresita; y tenía con ella colo-

quios de afecto entrañable; de algunos de los cuales fui partícipe, con indecible edificación y gozo de mi alma.

Otras veces, mostrándome alguna página de los inimitables escritos de la Santa, me hacía ver, entusiasmado y asombrado, las geniales intuiciones con que ella descubría el profundo sentido de sus predilectas enseñanzas del Evangelio; y las expresaba con un candor humilde y sublime. «Es la gran Santa de la confianza», decía; y «Su doctrina es como de Doctor de la Iglesia».

¿No nos hizo con esto el gran Padre Orlandis,

una invitación, y nos dio pie para lo que ahora intentamos se promueva?

Junto con esta iniciativa, se anima también «Cristiandad» a lanzar otra idea, que pensamos será más fácil de llevar a ejecución, y que por de pronto será recibida con agrado; a saber: que Santa Teresa del Niño Jesús sea declarada Patrona del Apostolado de la Oración.

Para lo uno y para lo otro creemos decididamente que tiene la Santa excepcionales y preclaros méritos.

Es lo que modestamente vamos a esbozar.

## Méritos de Santa Teresita del Niño Jesús para ser proclamada Doctor de la Iglesia

¿Qué procedimiento se puede adoptar para hacer patentes esos méritos; y así iniciar la aceptación y promoción de esta iniciativa?

Pensamos que se pueden seguir tres procedimientos.

El primero es recorrer con sereno estudio la Colección de los escritos de la que se llamaba a sí misma «la pequeña Teresa»; y después de presentar sus virtudes, proclamadas como heroicas por la Iglesia, y su santidad, reconocida y propuesta como ejemplar a todos los fieles de Cristo, en su Canonización, detenernos a ir viendo cómo sus enseñanzas, del todo conformes con su santa vida, son tan claras y excelsas; penetran tan profundamente la doctrina de Cristo, de sus Apóstoles y de la Iglesia descubren tan originalmente las consecuencias y aplicaciones prácticas de esa doctrina para la vida cristiana; que bien merecen para quien nos las dejó, el título de Maestra y Doctor.

Este primer modo de proceder es legítimo y puede ser eficaz; pero tiene un doble inconveniente para nuestro caso: que es cosa larga y prolija; asunto más propio de un libro o de un denso opúsculo, que de un artículo de Revista; y, además, que el resultado de esa investigación sobre los escritos de la Santa puede parecer a algunos como un conjunto de opiniones subjetivas, o como fruto de una devoción personal.

Un segundo procedimiento para nuestro objeto es acudir a los libros de los más eximios autores que han escrito sobre las virtudes y las enseñanzas de Santa Teresita; o por lo menos

a alguno de los más acertados; para ver cómo presentan la doctrina de la Santa en tan elocuente síntesis y en tan plena luz, que dejan sacar la legítima consecuencia de que son grandes y muy altos los méritos de la Santa, por su excelente doctrina, para un Doctorado Eclesial.

Pero esto ya está hecho. Lo tenemos en la preciosa y perfectamente lograda obra «El alma de Santa Teresa del Niño Jesús», del insigne escritor P. Ignacio Casanovas, S. I., libro que de sus cinco capítulos, en 358 páginas, dedica el capítulo III, en cincuenta páginas, a exponer la «Doctrina» de la Santa, reduciéndola a los dos puntos principales que más expresamente y con mayor insistencia fueron tratados por ella; a saber: la infancia espiritual, según el Evangelio de Cristo; y la vida de sacrificio, en unión con el de Cristo en su Misterio Eucarístico, hasta ofrecerse y vivir como víctima del Amor misericordioso.

Con tal lucidez y abundancia de datos presenta el P. Casanovas esta maravillosa doctrina de la Santa, que al terminar su lectura, no puede uno menos de reconocer que ya está hecho el deseado estudio, y ya están puestos de relieve los excelsos merecimientos de la Santa para recibir el título de Doctor de la Iglesia. A dicho estudio, pues, nos remitimos. Se puede ver en el volumen VII de «Obras del P. Casanovas»; Balmeiana; Durán y Bas, Barcelona.

Finalmente, otro tercer procedimiento se nos presenta para lo mismo; y es el que vamos a seguir, porque es incomparablemente el más auto-

rizado y eficaz; y tiene la ventaja de poder ser presentado en los breves límites de un artículo. Consiste en elevarnos a escuchar las soberanas palabras con que enalteció, junto con la eximia santidad de Teresita, también su excelente doctrina, el Romano Pontífice que, el año 1923, le decretó los honores de la Beatificación; y a los dos años, en 1925, la canonizó, en memorable solemnidad en la Basílica de San Pedro del Vaticano.

Fue el Papa Pío XI, grande entre los grandes Papas de la Iglesia, por su sabiduría, prudencia, geniales actos de magisterio y de gobierno, y altísimo acierto en haber hecho patentes los males y necesidades de su época, que son los de la nuestra; y en haberles dado los más eficaces remedios; el que con admirable intuición solía llamar a Santa Teresa del Niño Jesús, «La Estrella de su Pontificado».

Estaba profundamente convencido de que deseando él proclamar ante toda la Iglesia y el mundo entero, la realeza de Cristo, y mostrar los fundamentos bíblicos y teológicos de la gran verdad de que Cristo nos fue dado a los hombres no sólo como Redentor en quien hemos de confiar, sino también como Rey, a quien hemos de obedecer e imitar; lo cual hizo el gran Papa, poco después, en su Encíclica «Quas primas»; no podía proponer de antemano a todos los fieles un camino más llano y seguro para llegar a la obediencia y a la imitación de nuestro Divino Rey, que el ejemplo y la doctrina de Santa Teresa del Niño Jesús.

Así lo hizo, al elevársela al honor de los altares.

Ciñámonos a lo que con su autorizada palabra dijo respecto de la doctrina de la Santa.

En el Decreto de Beatificación (29 de abril de 1923), hizo notar con qué admirable providencia fue preparando el Señor a Teresa, desde sus primeros años, para que llegase a ser lo que El quería que fuese en su Iglesia; pues le adelantó notablemente el uso de la razón, y le dio tan preclara y viva inteligencia, que aun antes de sus diez años, hizo grandes progresos en sus estudios, mayormente en la Historia y en el Catecismo; hasta el punto que era llamada, ya entonces, «la pequeña Maestra». Y fue tan extraordinaria su memoria, que se aprendió al pie de la letra todo el libro «De la Imitación de Cristo», y lo retuvo tenazmente.

En el mismo Decreto, al relatar el Papa los años de vida religiosa de Teresa en el Carmelo de Lisieux, y al referirse a la perfección con que ejerció el cargo de Maestra de novicias, añade: «Por mandato de sus Superiores, y para la edificación y salvación de innumerables almas, puso por escrito lo que ella misma vivía y enseñaba, para mostrar a todos el camino que lleva a la plenitud del amor de caridad; y en este comentario de su vida (Historia de un alma), difundido al presente por todo el orbe de la tierra, no dudó en afirmar nuestro Predecesor, de reciente memoria, Pío X, que resplandece para ejemplo de todas las virtudes, y como alienta y respira el alma de la Virgen de Lisieux» (A. A. S., XV, 1923, págs. 203, 205).

Poco después, en Carta al Cardenal Antonio Vico (14 de mayo de 1923), hizo notar Pío XI que fue mérito muy grande de los escritos de la Santa la oportunidad de ellos como remedio de los males de la época moderna, pues dice: «En medio de tan común olvido de las cosas celestiales; en este tan gran desprecio del orden sobrenatural; y en unos tiempos en que no pocos hombres se alzan con tan orgulloso espíritu para ignorar o para simular que ignoran a la Iglesia Católica, Madre de toda santidad y fautora de todo sano humanismo; hemos de atribuir a un singular don de Dios el hecho de que una joven, que había vivido desconocida en los claustros del Carmelo, haya venido a ser tan ilustre en todas partes, ya por la sencillez e ingenuidad de su alma y por su vida, parecidísima a la de los Angeles; ya por el esplendor de sus virtudes y de sus milagros; ya finalmente por la perfección de aquella «infancia espiritual», que ella mostró en sí misma, y de la que se prestó a ser cándida Maestra, en el maravilloso libro que por encargo de sus Superiores escribió brillantemente y con belleza no buscada artificiosamente, sobre su propia vida» (A. S. S., ib., pág. 283).

Más de propósito y más espléndidamente nos manifestó Pío XI su sentir acerca de la doctrina de Santa Teresita, en su magnífica homilía de la solemne Misa de su canonización, el 17 de mayo de 1925.

Después de enaltecer con encendidas palabras la vida santa de infancia espiritual, según el Evangelio, en que fue admirable modelo la Virgen de Lisieux, pasa a celebrar con merecido encomio su celestial doctrina; es lo que ahora más hace a nuestro propósito. Dice así.

«No hay por qué nos admiremos de que en una mujer Religiosa se haya cumplido aquella promesa de Cristo: «Todo el que se humillare como un niño, él será el mayor en el reino de los cielos» (Mt, 18, 19). Plugo ciertamente a la divina benignidad ensalzar y enriquecer a Teresa con un don de sabiduría casi singular; pues aquella que había aprendido y como habido abundantemente la doctrina de la fe en su formación catequística; la ascética, en el áureo libro «de la Imitación de Cristo»; y la mística, en los libros de el Padre San Juan de la Cruz; y además había apacentado y nutrido su mente y su alma con la asidua meditación de las Sagradas Escrituras; a ella el Espíritu de la verdad le abrió y le hizo patentes aquellas cosas que suele esconder a los sabios y prudentes según el mundo, y revelarlas a los pequeñuelos; y esto hasta tal punto, que según el testimonio de nuestro inmediato Predecesor (Benedicto XV), estuvo Teresa tan llena de ciencia de las cosas celestiales, que pudo mostrar a los demás el camino cierto de la salvación (A. A. S., XVII, 1925, pág. 213).

Quien oye atentamente estas autorizadísimas palabras, y las considera con serena reflexión, ¿no caerá en la cuenta de que han sido dos Sumos Pontífices, primeramente Benedicto XV, y después, y sobre todo, Pío XI, los que con sus solemnes declaraciones sobre la admirable doctrina y provechosísimas enseñanzas de Santa Teresa de Lisieux, han puesto la sólida base y han abierto el seguro camino para que quizás algún día, otro Sumo Pontífice, si para ello se siente inspirado por el Espíritu Santo, la proclame Doctora de la Iglesia?

A lo menos, no se podrá tachar de despropósito esta iniciativa; sino que se habrá de reconocer que es fundada y viable.

Por lo demás, si, lanzada la idea, se acoge con respeto y devoción, como ilusionadamente esperamos, nos parece que quien se habría de encargar de promoverla, es la gloriosa Orden Carmelitana de Religiosos y Religiosas Carmelitas Descalzos; con la poderosa fuerza de la ínclita Orden Tercera de Nuestra Señora del Carmen.

## La Oración Apostólica de Santa Teresita del Niño Jesús la hace acreedora a ser declarada Patrona del Apostolado de la Oración

Esta otra iniciativa, que ahora presenta «Cristiandad», le es singularmente peculiar, ya que esta Revista, surgida del seno de «Schola Cordis Iesu», y sostenida por sus animosos socios, está íntimamente vinculada con el Apostolado de la Oración; el cual, en frase de Pío XII, es la mejor manera de dar culto al Sagrado Corazón de Jesús; como este Culto es el gran medio para llegar al Reino de Cristo.

Y también para fundamentar esta segunda idea vamos a acudir a la memorable homilía de Pío XI, en la solemne Misa de Canonización de la Santa Carmelita de Lisieux.

A continuación de sus palabras, antes citadas, sobre la excelsa doctrina de la Santa, añade: «De aquella tan copiosa participación de la divina luz y de la divina gracia, se encendió en Teresa tan grande incendio de caridad, que teniéndola como abstraída continuamente de su cuerpo, al fin llegó a consumirla; y por esto mismo, pudo candorosamente confesar, poco antes de dejar esta terrena

vida, que «ella no había dado a Dios otra cosa que amor».

«Nos consta también que por esta fuerza de ardiente caridad, perduró siempre en la joven de Lisieux aquel propósito y empeño de trabajar por el amor de Jesús, para agradecerle solamente a El, consolar su Corazón Sacratísimo, y promover la eterna salvación de muchas almas, que amasen perpetuamente a Cristo. Y que esto lo haya seguido deseando desde el cielo, tan pronto como llegó a la celeste Patria, y lo haya realizado y conseguido, se prueba fácilmente por aquella mística lluvia de rosas, que, por don de Dios, así como lo sigue derramando» (A. A. S., ib.).

Oigamos ahora a la misma Santa: «Vine al Carmelo para salvar almas; y sobre todo para rogar por los sacerdotes».

Y sus últimas palabras, poco antes de expirar, el 17 de julio de 1897, fueron éstas: «Presiento que mi misión va a comenzar; la misión de hacer amar a Dios, como yo le amo; la mi-

sión de enseñar a los hombres mi camino de confianza y de abandono. Quiero pasar mi cielo haciendo bien en la tierra. Esto no es imposible; pues también los Angeles velan por nosotros, desde el regazo mismo de la visión beatífica. ¡No, no podré tener ningún descanso hasta el fin de los siglos! Mas, cuando el Angel haya dicho: «Ya no habrá dilatación», (Apoc., 10, 6), entonces descansaré y podré gozar, porque el número de los elegidos estará completo. Todos habrán entrado en la felicidad sin fin. Mi corazón salta de gozo con este pensamiento».

¡Sublimes aspiraciones, y maravillosa fe en la eficacia apostólica de la oración!

A sus 15 años, Teresa no desea otra cosa que salvar almas; y para conseguir su ardiente deseo, su único intento, no halla otro medio mejor que consagrarse a la vida contemplativa, vida de oración, en el Carmelo. Y cuando va a entrar en el cielo, no piensa en otra cosa que en orar desde el cielo, para lograr, con su oración celeste, la salvación de muchas almas.

¿Qué debemos de pensar, y qué hemos de decir los socios del Apostolado de la Oración, ante estas maravillas de una perfectísima vida de oración, de oración eminentemente apostólica, de Santa Teresa del Niño Jesús, en la tierra y en el cielo? ¿Qué Patrona mejor podemos desear tener, que a la gran Santa, que fue y sigue siendo el gran Apóstol de la oración, y por la oración?

Y realmente, si cotejamos ahora las características de la oración que promueve y ejercita el Apostolado de la Oración, con las cualidades que hicieron eficazmente apostólica la oración de Santa Teresita; veremos que son como dos haces de luz divina, que se funden en un mismo haz luminoso, que alumbrá las almas, las fecunda y las salva.

La oración del Apostolado de la Oración es, ante todo, oración de fe y de confianza; pues comienza nuestro ofrecimiento diario, por la mañana, con las palabras de invocación: «Señor mío y Dios mío, Jesucristo»; eco de las de Santo Tomás, el día octavo de la Resurrección de Jesús.

Es en seguida oración de consagración al Corazón Sagrado de Jesús, por el Corazón Inmaculado de María, Madre nuestra; y esta consagración es expresamente para unirnos con el mismo Corazón Sacratísimo de Nuestro Redentor, y en unión con El, ofrecemos a Dios Padre, en su Santo Sacrificio del Altar. Es, pues, oración de quien se ofrece en sacrificio, como de víctima

permanente, en unión con la Víctima divina, en el Sacrosanto Misterio de la Eucaristía.

Por lo mismo, es oración de ofrecimiento de todo lo que constituye como el tejido de la vida toda del cristiano: «mi oración y mi trabajo; mis sufrimientos y mis alegrías de hoy». Y así, oblación de la vida entera cotidiana; en sacrificio de oración y en sacrificio de laboriosidad, tanto en los sufrimientos como en las alegrías, según los ejemplos de Cristo.

Es también oración con expreso fin apostólico, para la santificación propia y de los demás; pues lo ofrecemos todo en reparación por nuestros pecados; los de cada uno y los de todos los hombres. Y así, removido el impedimento de la salvación y santificación propia y ajena, que son los pecados; es ya, en definitiva, oración para que venga el Reino de Cristo; es decir, para que nosotros y los demás hombres tengamos tan verdadera y eficientemente a Cristo por nuestro Divino Rey, que, imitando sus ejemplos, vivamos en sumisa obediencia a El y a sus Representantes, para que se haga la voluntad de Dios, así en la tierra como en el cielo.

Todavía más; es oración católica; o sea, universal, ecuménica; pues es oración en unión con la oración y las intenciones del Vicario de Cristo en la tierra; para secundar las que él mismo señala como suyas, y las encarga al Apostolado de la Oración, todos los años, y para cada mes del año.

Y por lo mismo que es oración eclesial y católica, es oración misional; pues se hace por la especial intención que el Sumo Pontífice designa para cada mes, por las graves necesidades y peculiares problemas de las Misiones.

Ahora bien; ¿fue acaso otra la oración apostólica de Santa Teresa del Niño Jesús? Fue esta misma, con las indicadas características y cualidades; pero lo fue ejemplarísimamente, con maravillosa perfección, como de modelo para todos nosotros, los que militamos en el ejército pacífico del Apostolado de la oración.

Bastaría recorrer las páginas, caldeadas por el amor y unidas por la oración, de la «Historia de un alma», y de sus demás preciosos y celestiales escritos, para verificar todo esto, punto por punto. Y sería fácil y gratisimo hacerlo aquí; pero nos alargariamos desmesuradamente. Por lo demás, en manos de todos está, o puede estar, la Colección, soberanamente hermosa, de sus escritos.

Un solo punto convendrá recordar con especial relieve; y es que Santa Teresita, por su efficacísimo apostolado, con su oración misional, en bien de las Misiones, fue declarada por Pío XI, el 14 de diciembre de 1927, «Patrona de todos los Misioneros, hombres y mujeres; y también de todas las Misiones existentes en toda la tierra, igual que San Francisco Javier, con todos los derechos y privilegios que lleva este título».

La conclusión se impone por su evidencia: tiene la Santa de Lisieux los más legítimos títu-

los y los más preclaros merecimientos, que la hacen acreedora, por su oración apostólica, para ser declarada Patrona del Apostolado de la Oración. Brinda «Cristiandad» esta idea a quien entiendo podrá mejor hacerse cargo de ella, para promoverla eficazmente: a la Dirección General del Apostolado de la Oración; con el asesoramiento y cooperación de sus Direcciones Nacionales.

En nombre de «Cristiandad»,  
ROBERTO CAYUELA, S. J.

QUIERO SER HIJA DE LA IGLESIA COMO LO ERA NUESTRA MADRE SANTA TERESA Y ROGAR POR LAS INTENCIONES DE NUESTRO PADRE SANTO EL PAPA, SABIENDO QUE SUS INTENCIONES ABARCAN EL UNIVERSO. HE AQUI EL FIN GENERAL DE MI VIDA.

PRESIENTO QUE MI MISION VA A COMENZAR; LA MISION DE HACER AMAR A DIOS, COMO YO LE AMO; LA MISION DE ENSEÑAR A LOS HOMBRES MI CAMINO DE CONFIANZA Y DE ABANDONO. QUIERO PASAR MI CIELO HACIENDO BIEN EN LA TIERRA. ESTO NO ES IMPOSIBLE; PUES TAMBIEN LOS ANGELES VELAN POR NOSOTROS, DESDE EL REGAZO MISMO DE LA VISION BEATIFICA. ¡NO, NO PODRE TENER NINGUN DESCANSO HASTA EL FIN DE LOS SIGLOS!

**SANTA TERESA DEL NIÑO JESUS**

# LOS PROYECTOS DE SU CORAZON DE EDAD EN EDAD

Salmo 32

**Aclamad, justos, al Señor,  
que merece la alabanza de los buenos.**

**Dad gracias al Señor con la cítara,  
tocad en su honor el arpa de diez cuerdas;  
cantadle un cántico nuevo,  
acompañando los vítores con bordones:**

**que la palabra del Señor es sincera,  
y todas sus acciones son leales;  
él ama la justicia y el derecho,  
y su misericordia llena la tierra.**

**La palabra del Señor hizo el cielo;  
el aliento de su boca, sus ejércitos;  
encierra en un odre las aguas marinas,  
mete en un depósito el océano.**

**Tema al Señor la tierra entera,  
tiemblen ante él los habitantes del orbe:  
porque él lo dijo, y existió,  
él lo mandó, y surgió.**

**El Señor deshace los planes de las naciones,  
frustra los proyectos de los pueblos;  
pero el plan del Señor subsiste por siempre,  
los proyectos de su corazón, de edad en edad.**

**Dichosa la nación cuyo Dios es el Señor,  
el pueblo que él se escogió como heredad.**

**El Señor mira desde el cielo,  
se fija en todos los hombres;  
desde su morada observa  
a todos los habitantes de la tierra:  
él modeló cada corazón,  
y comprende todas sus acciones.**

**No vence el rey por su gran ejército,  
no escapa el soldado por su mucha fuerza,  
nada valen sus caballos para la victoria,  
ni por su gran ejército se salva.**

**Los ojos del Señor están puestos en sus fieles,  
en los que esperan en su misericordia,  
para librar sus vidas de la muerte  
y reanimarlos en tiempo de hambre.**

**Nosotros aguardamos al Señor:  
él es nuestro auxilio y escudo;  
con él se alegra nuestro corazón,  
en su santo nombre confiamos.**

**Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros,  
como lo esperamos de ti.**

# El «Encargo suavísimo» del Sagrado Corazón a la Compañía de Jesús

Juan Manuel IGARTUA sj.

I. El 2 de julio de 1688, fiesta en el calendario litúrgico de la Visitación de la Virgen María a Santa Isabel (que después ha sido trasladada por la reciente modificación litúrgica al 31 de mayo), tuvo lugar la notable visión de Santa Margarita María de Alacoque, que relacionaba de manera especial a la Orden de la Visitación (Salesas), a la que pertenecía la santa, y a la Compañía de Jesús (a la que había pertenecido su santo Director espiritual Beato Claudio de la Colombière, fallecido seis años antes), con el misterio y culto deseado por el Señor acerca de su Sagrado Corazón. Recogemos varios datos del pequeño libro publicado en la provincia Tarraconesa de la Compañía de Jesús por su Provincial P. Sayós, con ocasión del Año Santo de 1950.

He aquí el relato que la propia santa hace de su visión a su antigua superiora y confidente, M. de Saumaise en carta del 28 de agosto del mismo año (Carta 89 —90 edic. castellana— de la Santa en las **Obras completas**):

«Os diré que habiendo tenido la dicha de **»pasar todo el día de la Visitación delante del Santísimo Sacramento... se me representó un lugar muy eminente, espacioso y admirable por su belleza, en cuyo centro había un trono de llamas, y en él estaba el amable Corazón de Jesús con su llaga, que despedía rayos tan ardientes y luminosos que todo aquel espacio quedaba iluminado y caldeado con ello. La Santísima Virgen estaba a un lado, y al otro san Francisco de Sales con el santo P. de la Colombière, y se veía a las Hijas de la Visitación acompañadas de sus ángeles...**

«Después (de hablar a las hijas de la Visitación, declarándoles su elección para poseer aquel divino tesoro), volviéndose ha-

**cia el buen P. de la Colombière, esta Madre de bondad le dijo: Y tú, siervo fiel de mi divino Hijo, tienes gran parte en este precioso tesoro; pues si fue dado a las Hijas de la Visitación conocerlo y distribuirlo a los demás, está reservado a los Padres de la Compañía hacer ver y conocer su utilidad y valor, a fin de que se aprovechen (todos) de él, recibéndolo con el respeto y agradecimiento debido a tan gran beneficio. Y a medida que le den este gusto, el divino Corazón, fuente de bendiciones y gracias, las derramará tan abundantemente en el ejercicio de su ministerio, que producirán frutos superiores a sus trabajos y esperanzas, incluso para la salvación y perfección de cada uno de ellos».**

Todavía en otras dos cartas (100, 107) a la misma M. de Saumaise repite la misma convicción en relación a la elección de la Compañía para esta misión, declarando específicamente que «este divino Corazón desea ardientemente ser conocido, amado y honrado particularmente por esos buenos Padres. Haré notar que la relación misma de esta visión, con las propias palabras de la santa, se halla incluida en la Bula de canonización de la Santa por Benedicto XV, dándole así un relieve mayor. En sus palabras destacan dos elementos: la elección de la Compañía de Jesús para tal misión, y la figura del Padre de la Colombière, hoy Beato, a quien la Virgen llama «siervo fiel», en un eco de lo que el Señor dijo a la Santa cuando le puso en su camino como director elegido por el mismo Señor: «Yo te enviaré mi siervo fiel y perfecto amigo» (Carta 132, 3.<sup>a</sup> al P. Croiset).

En sus cartas al citado Padre, que parecía sustituir a su Director, ya fallecido, en cuanto a

las confidencias (diez cartas en total, llamadas de Aviñón, por haberse conservado allí en el archivo), la santa veía en el P. Croiset, todavía joven, y ferviente en sumo grado, al que podía ampliar al público el conocimiento de la nueva devoción, que el P. La Colombière había sido el primero en dar a conocer tras su muerte por su libro del **Retiro**. Le repite estas noticias diversas veces. He aquí algunas muestras sobre la parte que tiene la Compañía en la difusión de esta devoción:

**«Mucho espera El de vuestra santa Compañía para este objeto, y tiene sobre ella grandes designios. Esta es la razón porque se ha servido del buen Padre la Colombière para dar comienzo a la devoción de ese adorable Corazón, como espero que vos seréis uno de los que se valdrá para introducirla en vuestra Orden» (c. 131, 2.<sup>a</sup> Croiset).**

**«No puedo menos de creer que, si esta devoción ha nacido en la Visitación, progresará por medio de los RR.PP. Jesuitas. Y creo que por esto precisamente escogió al bienaventurado amigo de su Corazón (P. La Colombière) para el cumplimiento de este gran designio» (C. 132).**

Y en una carta, en fin, que va dirigida a su Director, sin que conste cuál fuera éste (P. La Colombière, o Croiset u otro), expone su convicción con estas firmes palabras, que parecen aludir a otras ocasiones distintas de la del día de la Visitación, pues habla del propio Jesucristo como declarador de la misión especial:

**«Jesucristo me ha dado a conocer, de una manera que no deja lugar a duda, que principalmente por medio de los Padres de la Compañía de Jesús quería establecer en todas partes esta sólida devoción, y formarse con ella un número infinito (muy grande) de siervos fieles y de amigos perfectos y de hijos verdaderamente agradecidos» (c. 141).**

En esta carta y expresiones aparece con claridad que ahora ya es el propio Jesucristo quien ha repetido a la santa su voluntad y deseo respecto a la Compañía de Jesús. Y con esto aparece la designación de tales apóstoles, seguramente también todos los que ayudan en esta

obra divina, con el nombre dado antes al Beato Claudio la Colombière: «Siervos fieles y perfectos amigos». Y respecto al primer elegido para esta gran empresa, el Beato Claudio, la santa muestra su convicción de la glorificación del mismo en estas palabras con que declara su santidad y gloria: «Conviene dirigirse a su **fiel amigo**, el buen Padre Claudio de la Colombière, a quien él ha otorgado un gran poder, encargándole, por así decirlo, de lo tocante a esta devoción. Si no me engaño, esta devoción del Sagrado Corazón le ha hecho muy poderoso en el cielo, y le ha elevado más en la gloria que todo lo restante que hubiera podido hacer durante el curso de su vida» (c. 132).

El propio La Colombière, en sus escritos del Retiro de Londres de ocho días, estando allí como predicador de la Duquesa de York, casada con el hermano del rey, declara su elección por el Señor para esta misión, copiando el texto redactado por santa Margarita María a petición de él mismo en su retiro de Londres de 1677. Dice así en su nota:

**«Habiéndose Dios descubierto a la persona que hay motivo para creer que es persona según su Corazón, por las grandes gracias que le ha hecho (santa Margarita), ella se me manifestó a mí, y yo la obligué a poner por escrito lo que me había dicho. Y esto es lo que he querido copiar de mi mano, porque quiere el buen Dios valerse de mis débiles servicios en la ejecución de este designio» (c. Escritos espirituales Beato la Colombière, Bilbao 1979, p. 161-2).**

Sigue la copia del texto de la santa sobre la gran Revelación destinada a ser aprobada por la Iglesia, con el establecimiento de la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús. Al fin, dice: «Dadme, le dije, el medio para hacer lo que me mandáis. — Dirígete a mi siervo el P. La Colombière, y dile de mi parte que haga todo lo posible para establecer esta devoción, y dar este gusto a mi divino Corazón. Que no se desanime por las dificultades que para ello encontrará, y que no le han de faltar. Pero debe saber que es todopoderoso aquel que desconfía enteramente de sí mismo para confiar únicamente en mí».

Cuando muere el Beato en Paray le Monial, porque lo ha dispuesto así el Señor en su divina providencia, el 15 de febrero de 1682, su

Retiro con esta página celeste no queda inédito. Su fama de santidad hace que sea publicado en 1684, y leído en 1685 en el refectorio de Paray ante la comunidad, estando presente la propia Margarita María, a la que califica de «persona según su Corazón, a la que ha hecho grandes gracias». Fue como un trueno en el convento, y así fue dado a conocer en el mundo el admirable designio de la devoción al Sagrado Corazón, con los nombres de sus dos principales promotores iniciales: la santa fue beatificada en 1864 por Pío IX y canonizada en 1920 por Benedicto XV; La Colombière fue beatificado en 1929 por Pío XI. Todas las indicaciones anteriores nos sitúan para poder comprender el llamado **«encargo suavísimo del Sagrado Corazón a la Compañía de Jesús»**.

Aunque hubo desde la vida misma de la Santa ya jesuitas promotores fervientes de la devoción, como el citado P. Croiset, y el P. Froment, y poco más tarde en Roma el P. de Gallifet, asistente del General de la Compañía, y en España un extraordinario grupo posterior con los PP. Cardaveraz y Hoyos, con el apoyo del Provincial P. de Prado, y del anterior Villafañe, con la eminente colaboración de los PP. Calatayud, Peñalosa, y Loyola, autor del **«Tesoro escondido»**, primer libro español de esta devoción, todos ellos ardiendo en fuego por este culto, sin embargo hubo que esperar casi dos siglos, como suele suceder, para que la Compañía de Jesús recibiese oficialmente el encargo y lo aceptase. Fue seguramente consecuencia de la beatificación de la santa en 1864.

La Congregación General XXIII celebrada en 1883 para elegir General al P. Anderley, recibió un postulado sobre el fomento en la Compañía de esta devoción. Y sucedió un hecho muy notable, que declara el decreto 46 de la Congregación General. Se suele nombrar una comisión de algunos Padres que examinan los postulados recibidos de la Compañía, y presentan los que juzgan más importantes y dignos a la propia Congregación para que los discuta. Presentado éste del Sagrado Corazón, y leído el postulado, se debió levantar algún Padre proponiendo que se aprobase por aclamación unánime. El Decreto dice así:

**«Levantáronse a una todos los PP. Congregados, y aprobaron por unánime aclamación lo siguiente: Declaramos que la Compañía de Jesús acepta y recibe con ánimo rebosante de alegría y gratitud el suavísimo encargo a ella confiado (munus sua-**

**vissimum) por el mismo Señor Nuestro Jesucristo de practicar, fomentar y propagar la devoción a su divino Corazón» (Decreto 46).**

La proclamación del Decreto señala que el compromiso oficial de la Compañía, hecho para secundar el requerimiento del propio Señor a la santa de Paray, es el de **«practicar»** personalmente esta devoción, **«fomentarla»** en sí mismo y en la Compañía universal, y **«propagar»** la devoción por su apostolado de difusión, dándola a conocer, haciendo ver su valor.

II. El iter preparatorio del decreto de aceptación del **«encargo suavísimo»**, por parte de la Compañía de Jesús, podría señalarse así, como lo recuerda el General F.J. Wernz al celebrar en 1914 el centenario de la restauración de la Compañía de Jesús, después de su disolución.

El P. Estanislao Czerniewicz, Vicario General en Rusia Blanca de la Compañía, conservada únicamente y por especial providencia divina en aquella región, por haberse opuesto la emperatriz a que se promulgase en su reino la Bula de disolución papal, exponía ya en 1794 en una circular a los jesuitas que allí quedaban que las circunstancias eran tan difíciles que no bastaba recurrir a los santos de la propia Compañía para alcanzar remedio, sino que había que acudir confiadamente **«al mismo Corazón de Jesús»**. Porque todos tenían como cosa cierta, dice el P. Rootan, que pudo vivir algún tiempo allí, **«que debía considerarse como un prodigio de la mano del muy Alto la conservación de la Compañía en aquella región, que su progresivo acrecentamiento era un favor del Corazón de Jesús, y que sólo de aquel Corazón adorable se había de esperar, como en realidad se esperaba, su restablecimiento en todo el mundo»**. Restaurada la Compañía por Pío VII el año 1814, fue su segundo nuevo General (tras los trabajos previos de san José Pignatelli (m. 1811) y otros Padres de aquel tiempo, el P. Luis Fortis (1820-29), el cual sucedió al P. Brozozowsky (1814-20). El P. Fortis dirigió una carta a la Compañía sobre el culto del Corazón de Jesús, recogiendo la convicción señalada sobre su restauración. En ella se amplía esta convicción a la de la duración y prosperidad espiritual de la Compañía en función de esta devoción y culto, con notables palabras:

**«La Universal Compañía tanto habrá de durar y prosperar, cuanto sea el empeño**

»y solicitud de sus hijos por promover y adelantar el culto del Sagrado Corazón en sí y en los demás... y depende de ese mismo sagrado culto todo el buen ser y crecimiento de nuestra Compañía, así como las gracias para los que propagasen ese culto» (Carta del P. Wernz, en 1914 sobre la restauración de la Compañía de Jesús).

El General que siguió al P. Fortis, el holandés Juan Roothan en 1829-53 insistió sobre este gran tema en su importante carta sobre el culto y devoción del Sagrado Corazón en la Compañía de Jesús. Después de un recorrido sobre los orígenes remotos de este culto en los santos Padres, de los que cita a san Agustín y san Bernardo expresamente (pudiendo haber citado, como hará Pío XII en la *Haurietis Aquas*, a otros, a partir del amor de la misma Virgen María ante la Cruz), menciona varios Padres de la Compañía que destacaron en este aspecto antes de santa Margarita, como el P. Lapuente y Alvarez de Paz o Saint Jure y Gaudier, llega a situar el nuevo desarrollo de la devoción en «la Venerable» (entonces ya lo era) virgen Margarita María» y el Padre Claudio de la Colombière «varón no menos ilustre por su doctrina que su santidad». Explica cómo la tormenta se abatió sobre la Compañía, promovida por los mismos enemigos de la Iglesia que desataban la campaña contra el culto del Corazón de Jesús. Este culto fue vindicado abiertamente por Pío VI contra el Sínodo de Pistoya, y Pío VII «resucitó la Compañía a nueva vida» (sic). Roothan da testimonio del fervor ya relatado que había en la Compañía en Rusia durante la extinción, del que fue testigo directo, y sobre el encargo del Sagrado Corazón a la Compañía manifiesta que «la Compañía, que había sido ennoblecida con el augusto Nombre de Jesús era muy conveniente que se distinguiese también en el amor y culto de su adorable Corazón». Quiero recordar aquí un testimonio particular del que tengo certeza de las mismas palabras breves y concisas, que leí en la explicación de Reglas conservada del P. Baltasar Alvarez, que fue Maestro de Novicios más de un siglo antes de la revelación hecha a santa Margarita María. Son palabras llenas de admirable espíritu y amor, y que en la lectura de ellas resultan proféticas; hablando del nombre de la Compañía:

«Jesús nos ha dado ya su Nombre. ¿Qué queda sino que nos dé su Corazón»

Estas palabras muestran con claridad el justo ensamblamiento que el «encargo suavísimo» tenía con la estructura institucional de la Compañía. El P. Roothan muestra en su carta la adecuación de esta devoción con el espíritu de san Ignacio, y con sus Ejercicios espirituales, cuya petición de la segunda semana: «Conocimiento interno de Cristo para que más le ame y le siga», menciona Roothan; y Pío XI en la *Miserentissimus Redemptor* sobre la reparación en esta devoción y culto (1928) habrá de decir: «Es el compendio de toda religión y la norma de vida más perfecta, porque guía suavemente las almas al perfecto conocimiento de Cristo Señor nuestro, y con la mayor eficacia las mueve a amarle apasionadamente, y a imitarle más de cerca» (n. 3). Conocer profundamente, amar ardientemente, imitar con perfección, las tres cualidades excelentes de esta devoción corresponden a la triple petición fundamental de la segunda semana ignaciana.

El General siguiente al P. Roothan fue el P. Pedro Beckx, quien tuvo un generalato de muy larga vida, durando en él hasta treinta y cuatro años. En 1883, cuatro antes de su muerte, fue elegido Vicario General con derecho a sucesión el P. Anderledy, que le sucedió a su muerte en 1887. El P. Beckz publicó una breve carta, exhortando en medio de las grandes tormentas y dificultades que experimentaba la Compañía todavía a dirigirse con plena confianza al Corazón de Jesús, que en su misericordia se mostraría benigno, pues ha prometido recibir a los que a El vengan y a su santísimo Corazón, así «de modo particular a nosotros a quienes se ha dignado con bondad inefable encomendar la propagación de esta devoción». En la elección del P. Anderledy como Vicario General, y prácticamente General ya dada la edad del P. Beckx, se produjo la clamorosa y unánime aceptación del encargo del Sagrado Corazón por la Compañía, que hemos recordado antes. Al llegar el año 1888, segundo centenario del «encargo suavísimo» en la fiesta de la Visitación de 1688, Anderledy dirigió una carta a la Compañía sobre tal conmemoración, larga y llena de espíritu. Ya era General de pleno derecho. Recuerda el inmenso amor de Jesucristo a la humanidad, y que el mismo Señor nos enseñó que el corazón es la fuente del amor, al mandarnos amar a Dios «de todo corazón» (Mt 22, 37). Así acudía ya a las fuentes de la misma revelación en esta devoción. Por eso, dice, el Señor ha podido decir luego: «He aquí este Corazón que tanto ha

**amado a los hombres».** La obra de la encarnación y Redención es obra del amor: **«Tanto amó Dios al mundo»** (Jn 3, 16). Recuerda las promesas del Sagrado Corazón en santa Margarita, ya beata, y le parece que al que conoce tales promesas y no se entrega, se le debiera calificar de «insensato». Aprovecha la carta para recomendar la devoción también al Corazón Inmaculado de María, cuya consagración se hizo también entonces en la Compañía.

Sigue al P. Anderledy el P. Luis Martín, español burgalés, del que no hay documento especial en este aspecto, y luego el P. Wernz, de quien ya hemos recordado la carta en el centenario de la restauración de la Compañía. En 1915 es elegido General el P. Wlodimiro Ledóchowski, polaco, cuyo generalato resulta especialmente fecundo en la Compañía en duración (1915-1942) y en documentación. La Congregación General 26, que lo eligió renovó la aceptación del encargo suavísimo y declaró juntamente que el modo mejor de promover esta devoción en la Compañía es el Apostolado de la Oración, a quien da así cabida oficial en la Compañía, donde ya funcionaba bajo el propio P. General (1928).

Todavía en tiempo del P. Ledóchowski hubo otras dos nuevas Congregaciones Generales. La 27 fue convocada en 1923 para ajustar la legislación de la Compañía al nuevo Código de Derecho Canónico, aparecido en 1918 con fuerza de ley en la Iglesia. La Congregación General recuerda de nuevo el «encargo suavísimo aceptado por la Compañía con ánimo agradecidísimo», y de nuevo propone el Apostolado de la Oración como medio principal de propagar la devoción. La 28 tuvo lugar en el año 1938, y en ella se adaptó mejor la legislación a las necesidades del tiempo y se revisó el trabajo anterior. Coincidió el año con el 250 aniversario el encargo suavísimo de 1688. Su Decreto 20 tomó pie de esta coincidencia para renovar la recomendación de vivir esta devoción, confirmando el decreto de la CG 27 que lo había urgido de nuevo, y recomendó que se viviese el espíritu eclesial de oración y penitencia reparadora proclamado por la reciente Encíclica de Pío XI en 1932 «Caritate Christi compulsi», en que el Papa propone tal espíritu para las graves necesidades del tiempo, especialmente con la gran crisis económica y la ruina de 1929, y el tremendo ataque «como jamás se vio en la historia, de la guerra contra Dios», proclamada por el comunismo ateo militante. El Papa en medio de tan gra-

ves peligros propone a Jesús y María como Mediadores, Ella con su Hijo, Jesús con el Padre como único Mediador universal, y ofrece la fiesta y devoción del Sagrado Corazón como la del Salvador del género humano, el cual «no podrá dejar de responder a su Iglesia, llena de males: Grande es tu fe, hágase como tú quieres». El P. Ledóchowski solicitó la misa votiva del Sdo. Corazón para la Compañía en los primeros viernes, y al comunicarlo escribió una hermosa carta sobre la devoción, proponiendo diversos medios para vivir y promover esta devoción, y en especial la solemne celebración pública de la fiesta, y otras prácticas. Dice en esta carta estas hermosas palabras: **«Sea esta devoción el distintivo que todos tengan para conocer a primera vista a un hijo de la Compañía».** Estas hermosas y graves palabras nos hacen recordar una preciosa anécdota de san José Pignatelli, que tanta parte tuvo en la restauración de la disuelta Compañía, y es llamado con razón «el eslabón entre la antigua y la nueva Compañía». Pues estando en una ocasión contemplando con amor un cuadro del Sagrado Corazón, le dijo un eclesiástico: «Usted debe ser jesuita. Se le conoce en el modo de mirar al Sagrado Corazón de Jesús».

Muerto el P. Ledóchowski en plena guerra mundial, fue sustituido por dos Vicarios Generales sucesivos, PP. Magni y de Boynes, en 1942 y 1944. Terminada la guerra fue elegido General el belga P. Janssens, lleno del espíritu del Apostolado de la Oración, como se vivía en su antigua provincia de Flandes. Su elección tuvo lugar en 1946, en cuanto el fin de la guerra mundial lo hizo posible. En la CG 27 que adaptó al Derecho eclesial el de la Compañía, se había aprobado la confección del llamado «Epítome del Instituto», que no tenía valor de ley nueva, sino que era simplemente la colección manual y vigente de leyes de la Compañía hasta el momento, ordenada por los mismos títulos que las Constituciones ignacianas, en forma de cánones o leyes sacadas, ya de las Constituciones ya de los decretos de las Congregaciones Generales. Fue confeccionado por el P. Ledóchowski, por encargo de dicha CG, y su fin era práctico. Tras la CG 29, que eligió al P. Janssens, fue incorporado al número que trataba del encargo suavísimo y de los frutos «superiores a las esperanzas», que la devoción del Sagrado Corazón trae consigo en la Compañía, la mención de la renovación de las dos Congregaciones a los dos Corazones de Jesús y María, en sus fiestas

respectivas. La del Sagrado Corazón, recuerda, se celebró en 1871 (P. Beckx), y la del Corazón de María fue hecha por la CG 23, la del «encargo suavísimo», y «renovada después de la guerra mundial por la CG 29».

El P. Ledóchowski, con ocasión de aquel 250 aniversario del encargo suavísimo, escribió otra carta a la Compañía sobre el mismo y sobre el decreto de la CG 28 que renovaba su recuerdo, y en esta carta hablaba de nuevo del P. La Colombière como elegido para aquella misión. El P. Janssens escribió otra carta en 1949, al tercer año de su generalato, sobre el centenario de la importante visión de san Pedro Canisio en 1549, cuando en el día de sus votos solemnes se hallaba en la Basílica Vaticana y recibió, junto con la misión divina sobre Alemania, los raudales de la divina fuente del Sagrado Corazón, donde se le mandaba beber (siglo y medio casi antes de santa Margarita). En esta carta, con humildad el P. Janssens declara que «el Señor nos perdone. Nosotros no siempre hemos usado del regío don de su amor como era de desear». Añade más lejos: «¿Quién de nosotros no se avergonzaría, y con razón, de no conocer la devoción al Sagrado Corazón, su doctrina, su historia, su práctica?». Y da una nueva razón para el «encargo»: «Aunque el Señor no hubiera otorgado a la Compañía especial encargo, los solos documentos pontificios que a ella se refieran, darían a esta devoción tal peso de autoridad que sería indigno de los nuestros prescindir de ella». Los síntomas de la crisis se dejaban tal vez notar en el ambiente, todavía muy sutilmente, trastocado todo por la gran guerra.

Murió el P. Janssens poco antes de la clausura del Concilio Vaticano II, en 1964, fue elegido como nuevo General en mayo de 1965 el P. Pedro Arrupe, español. Todo parecía presagiar un refloramiento de la devoción en la Compañía de Jesús. Pablo VI había aescrito una carta a las religiones que llevaban el nombre o se distinguían, como la Compañía, por esta devoción, para que le diesen un nuevo auge, casi coincidiendo con la elección del P. Arrupe como General (**Disserti interpretes**, 25-5-1965). Esta Carta y documento seguía a la Carta Apostólica dirigida a toda la Iglesia sobre este culto y devoción, con ocasión del centenario de la institución de la fiesta pedida por el mismo Señor, e instaurada en la Iglesia litúrgicamente por Pío IX en 1865, un año después de la beatificación de santa Margarita María (Pablo VI,

**Investigabiles divitias**, 6-2-1965). La Congregación General 31, que eligió al P. Arrupe, se celebró en dos sesiones discontinuas. Su último decreto, aprobado casi al fin de la misma, propone esta devoción y culto a toda la Compañía, siguiendo la tradición anterior. Siguiendo los deseos y peticiones del Sumo Pontífice la CG, terminada el 16 de noviembre de 1966 en su segunda sesión, con un discurso de Pablo VI a los reunidos, la CG pide a todos que saquen de esta devoción la deseada renovación de mentalidades y costumbres, pedida por el Vaticano II. Sin embargo, aflora ya en el decreto la sombra de la crisis de la devoción también en la Compañía.

**«A nadie se le oculta —dice— que la devoción al Sagrado Corazón en nuestros días, al menos en algunas partes del mundo, ejerce sobre los mismos jesuitas y sobre los fieles un poder de atracción menor que antes, debido quizás a las formas externas menos adecuadas con que se la presenta».**

Estas palabras mostraban ya la existencia de una baja sensible en el entusiasmo por la devoción que las CG anteriores propusieron a todos los jesuitas. Esta sombra no dejará de hacerse notar durante el generalato del P. Arrupe, según su propia declaración personal. El renovó la consagración de la Compañía, modificando la fórmula con acentos más nuevos fundados en la visión de la Storta de san Ignacio, en que se le mostraba Jesús, y se le decía a Ignacio: «Quiero que tú nos sirvas».

El P. Arrupe parecía un hombre preparado para dar un gran impulso personal a esta devoción, que había tenido siempre en el centro del propio espíritu. En una conferencia tenida en Roma, en un curso de espiritualidad de jesuitas, el 6 de febrero de 1981, justamente seis meses antes del fulminante ataque de su enfermedad, que le inutilizó físicamente y forzó al fin su dimisión como General en 1983, decía esto sobre sí mismo:

**«El amor es lo más profundo y lo que da unidad a toda la obra de Jesucristo. El amor es también lo más profundo de nuestra vida y actividades... Ahora bien, el símbolo natural del amor es el corazón. De aquí que el Corazón de Cristo sea el símbolo natural para representar e inspirar**

»nuestra espiritualidad personal e institucional.

»Por eso quiero decir algo que juzgo no debo callar. Desde mi noviciado siempre he estado convencido de que en la llamada »"Devoción del Sagrado Corazón" está encerrada una expresión simbólica de lo más profundo del espíritu ignaciano, y de una extraordinaria eficacia —ultra quam speraverint— tanto para la perfección propia como para la fecundidad apostólica. Ese convencimiento lo poseo aún.

»Podrá haber extrañado a alguno que durante mi generalato haya hablado relativamente poco de este tema. Ha habido en ello una razón que podríamos llamar pastoral. En décadas recientes la expresión misma "Sagrado Corazón" no ha dejado de suscitar en algunas partes reacciones emocionales y alérgicas, quizá en parte como reacción a formas de presentación y terminología ligadas al gusto de épocas pasadas. Por eso me pareció que era aconsejable dejar pasar algún tiempo en la certeza de que esa actitud, más emotiva que racional, se iría serenando... Por este motivo, muy a mi pesar, he hablado y escrito relativamente poco sobre esta materia, aunque de ello he tratado frecuentemente en conversaciones a nivel personal, y en esta devoción tengo una de las fuentes más entrañables de mi vida interior. Al terminar este ciclo de conferencias sobre el carisma ignaciano, no podía dejar de dar a la Compañía una explicación de este silencio, que espero será comprendido».

Sin entrar a juzgar la actitud del P. Arrupe, y su propia estimación de la situación actual en la Compañía, no cabe duda de que es un testimonio irrecusable de la crisis en que ha entrado en la Compañía de Jesús la devoción del Sagrado Corazón, cuando su General juzga más prudente no hablar de ella por temor a no ser comprendido. Es el reverso de la medalla de la situación de la Compañía restaurada en 1814. Para aquellos Padres hubiese sido un dolor comprobar que se podía llegar a tal situación.

Es cosa evidente que tras el Concilio una fuerte crisis ha sacudido la Iglesia y las órdenes religiosas en ella. Ha sido proclamado esto por Pablo VI y por Juan Pablo II. El primero ha

hablado de una acción personal del demonio para provocarla, en palabras que causaron sensación. En lo que toca a la Compañía de Jesús son evidentes los datos que comprueban tal crisis profunda. Bastará recordar, como muestras convincentes, que el número de miembros de la Compañía se ha reducido y disminuido, durante el generalato del P. Arrupe, en 10.000. Bastará recordar asimismo que tres Papas, Pablo VI, Juan Pablo I y II, han juzgado necesario hacer firmes advertencias oficiales a la Compañía. Bastará recordar que la crisis llegó al punto del vértice en la votación contraria al parecer de Pablo VI, públicamente manifestado, en la CG. 32 de 1974-75. El reciente libro de Alain Woodrow, el cronista de asuntos religiosos de *Le Monde*, titulado *Los jesuitas*, ofrece en su lectura la visión de los varios aspectos del desarrollo de esta crisis, con sus puntos positivos y negativos (acentuando más aquellos, ciertamente, el autor) de manera innegable.

Pero juzgo que el documento, indiscutible y de autoridad manifiesta en el caso, que ofrecemos del juicio del P. Arrupe sobre la actitud existente en amplios sectores de la Compañía sobre la devoción del Sagrado Corazón es el que más claramente muestra la penetración interna de la crisis en el espíritu de la Compañía. Baste recordar las palabras del P. Fortis, primer General de la Compañía restaurada tras el P. Brozozowsky:

**«La universal Compañía habrá de durar y prosperar cuanto sea el empeño y solicitud de sus hijos por promover y adelantar el culto del Sagrado Corazón en sí y en los demás... y depende de ese mismo sagrado culto todo el buen ser y el crecimiento de nuestra Compañía».**

Estas graves palabras, que antes hemos citado, tomadas a la carta del P. Wernz al celebrar el centenario de la restauración, muestran así un claro signo de grave crisis en la Compañía, a pesar de todos los juicios optimistas emitidos. Y tal signo es proclamado por el propio General de la Compañía después de una larga experiencia en ella. Y se ofrece el pensamiento de si la crisis de esta devoción en la Compañía podrá ser no sólo **signo** sino también **causa** de su crisis espiritual misma.

La experiencia del P. Arrupe la resume él mismo así:

«Si queréis un consejo, después de cincuenta y tres años de vida en la Compañía, y de casi dieciséis de generalato, os diría que en esta devoción al Corazón de Cristo se esconde una fuerza inmensa, que a cada uno toca descubrir y profundizar».

Y añade certeramente:

«No caigamos en la presunción de creernos superiores a esta devoción que se expresa en un símbolo. No nos unamos a los sabios y prudentes de este mundo, a quienes el Padre oculta sus misteriosas realidades, mientras se las enseña a quienes son o se hacen pequeños. Si no cambiáis y os hacéis como niños... Son palabras de Cristo, que podríamos traducir así: — Si queréis, como personas y como Compañía, entrar en los tesoros del Reino y contribuir a edificarlo con extraordinaria eficacia, haced como los pobres a quienes queréis servir».

Termina con una sencilla amonestación, que puede ir dirigida al corazón de la actual crisis de cambio de dirección, a través del desarrollo del decreto famoso de la promoción de la justicia; puesta así en boca de Cristo:

«Tantas veces repetís que los pobres os han enseñado más que muchos libros: aprended de ellos esta lección tan sencilla. Reconoced mi amor en mi Corazón».

Nombrado por Juan Pablo II el P. Paolo Dezza Delegado apostólico, por razón de la enfermedad que había inutilizado al P. Arrupe, quiso el P. Dezza recordar a toda la Compañía de nuevo el valor de esta devoción, citando el mismo texto

sobre los pobres y sencillos del P. Arrupe que hemos transcrito. La ocasión la dio el centenario de la muerte del Beato Claudio de la Colombière el 15 de febrero de 1982. Después de recordar su figura, el Delegado apostólico recuerda que «la espiritualidad de la Compañía, ordenada providencialmente a profundizar en el amor del Señor, tal como se representa en el misterio del Corazón de Cristo, había ya suscitado, desde el tiempo de san Ignacio, insignes apóstoles jesuitas de este culto, con lo que la acción del Beato Claudio contribuyó a marcar de manera característica la historia de la Compañía. Recuerda exhortación de Pablo VI a la CG 31, y el decreto de ésta, así como su confirmación en la CG 32, y la encíclica de Juan Pablo II **Dives in misericordia**.

¿Nos disponemos a remontar la crisis sufrida? Se presenta una ocasión buena y próxima, que ha de ser preparada, y que sabemos que la Compañía se dispone a celebrar: el centenario en 1988 del «encargo suavísimo». Haga el Señor que el nuevo General P. Peter Hans Kolvenbach, con su espiritualidad interior bebida en la liturgia y piedad del Oriente, sea un segundo General holandés (tras el P. Roothan), que dé un nuevo impulso a esta devoción. Quiera el Señor, como pide el P. Dezza y desean muchos en la Compañía, que el Beato Claudio de la Colombière llegue para esta conmemoración a la gloria de los santos. Es un admirable ejemplo, tanto de esta devoción como del cumplimiento de las Constituciones de la Compañía de Jesús por espíritu de amor voluntario. Sea él nuestro valedor ante el Señor, con san Ignacio, y sea este centenario una fecha de nuevo florecimiento de la Compañía de Jesús por la devoción del Corazón de Jesús. Este es el riego poderoso que ha de hacer reflorar la hermosa planta, si se hallaba mustia, seca y decaída.

**CRISTIANDAD**

LAURIA, 19, 2.º, 1.º  
TELEFONO 317 47 33  
08010 BARCELONA

Suscripción anual para España .....	1.500 pesetas
Suscripción extranjero .....	15 dólares
Precio del número suelto .....	300 pesetas